

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

la muerte telefoneó de noche

SILVER KANE



El hombre llegó lanzado con la fuerza de un torpedo, viniendo desde el fondo de la sala. Con sus ciento veinte kilos largos de peso y el impulso que llevaba, era capaz de cargarse una pared. Murray lo miró con los ojos desencajados.

Era la primera señal.

Apenas diez segundos antes, había entrado en aquel bar de Lower Manhattan, mientras decía:

—Busco a la señorita Merrill...



Silver Kane

La muerte telefoneó de noche

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1343

ePub r1.0

Lds 24.09.18

Título original: La muerte telefoneó de noche

Silver Kane, 1976

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El hombre llegó lanzado con la fuerza de un torpedo, viniendo desde el fondo de la sala. Con sus ciento veinte hilos largos de, peso y el impulso que llevaba, era capaz de cargarse una pared. Murray lo miró con los ojos desencajados.

Era la primera señal.

Apenas diez segundos antes, había entrado en aquel bar de Lower Manhattan, mientras decía:

—Busco a la señorita Merrill...

Nada más normal que preguntar por una tal señorita Merrill en un bar de busconas como aquél, pero ésa parecía haber sido la señal que desencadenó la hecatombe. Porque, de pronto, aquel tipo vino lanzado, con todas sus fuerzas, mientras aullaba algo en un idioma ininteligible, algo semejante a un grito gutural, y que parecía surgido del fondo mismo de la selva:

—¡YEEEEEEEE...!

Murray demostró que su cintura seguía siendo tan buena como en los tiempos en que hacía exhibiciones de lucha con todos los matones de Texas y de Kansas. Cierta vez, en Dallas, había tenido que enfrentarse a tres enemigos, uno tras otro, por un miserable desafío de mil dólares. Desde entonces, Murray había perdido muchas facultades, pero no tantas como había creído al principio. La necesidad le obligó a estar en forma otra vez.

Bruscamente, desapareció del camino que recorría aquella especie de bólide. Chocó contra la pared. El mastodonte gritó de nuevo:

—¡YEEEEEEEE...!

Y el grito se transformó, de pronto, en un estremecedor:

—¡AYYYYYYYY...!

No encontrando al enemigo en el camino, y no pudiendo tampoco frenar, el mastodonte había atravesado las cristaleras del bar. Salió despedido a la calle mientras saltaba también el anuncio en letras de neón que decía:

«Joey's

, les mejores cocktails de la noche».

Murray se volvió, ele pronto.

Sabía que el asunto no había hecho más que empegar. Unas gotas de sudor helado aparecieron no sólo en su cara, sino también en su entrepierna. Se dio cuenta de que, a poca mala suerte que tuviese, acabarían convirtiéndolo en un cóctel después de pasarlo por una batidora.

El tipo que vino ahora hacia él era de cuidado.

Y de los de cuidado, de los peores.

— En su puño derecho brillaba un aparato con cinco púas. Si llegaba a acariciar la cara de Murray con aquello, se la deshacía.

El tipo, que no debía estar muy a buenas con su familia, gritó:

—¡Tú, hijo de mi madre!

Murray esquivó el golpe, inclinándose de tal modo que casi lamió el suelo. Y en esa posición levantó la pierna con la precisión de un defensa central, encontrando de lleno su objetivo. Aquel objetivo era el vientre del tipo.

Se oyó un alarido que hizo temblar las paredes.

Una serie de señoritas de muy buena familia que estaban en la barra (todas las de los muelles, que no cobraban a los clientes más allá de diez dólares, y eso cuando podían cobrar) aplaudieron, entusiasmadas.

—¡Eso es un golpe!

—¡Ese hijo de perra se lo estaba mereciendo!

—¡Bien dado, macho!

El macho era Murray, a lo que parecía. Pero su machismo no le iba a durar gran cosa, porque inmediatamente alguien más vino hacia él. Uno de los camareros un tipejo con aspecto árabe, al que la roña le salía hasta en las pestañas, vino haciendo bailar un gumía de las de su tierra.

—¡Te dejo en el sitio! —aulló.

En efecto la amenaza era más que seria. Y no es que Murray apreciara especialmente su físico, porque empezaba a estar lo que

se dice para el retiro, pero eso del «qué dirán» hizo que se aprestara a saltar con todas sus fuerzas.

Lo consiguió en la última décima de segundo.

Chocó con la pared.

Se cargó dos cuadros, cada uno de los cuales contenía un certificado, dentro de un bonito marco.

Uno de ellos era un certificado de la policía, asegurará qué Nicky, el dueño del local, era un buen chico.

El otro era un viejo certificado de Lucky Luciano, garantizando que Nicky, el dueño del local, era una excelente persona.

Por lo visto, el dueño de aquel infesto garito había decidido estar a bien con todo el mundo menos con Murray. Animando al de la gumía, gritó:

—¡Dale otra vez!

El camarero árabe se revolvió sobre sí mismo. Sus ojos brillaron como los de un drogado, mientras gritaba algo en un idioma ininteligible.

—¡Tu madre! —dijo Murray, por si acaso.

Y levantó la pierna derecha.

El impacto fue demoledor.

El árabe se acordó de todos sus muertos que tenía allá, en el Paraíso del Profeta, entrando a mano izquierda. Dio una vuelta, se estrelló contra la barra y se llevó por delante a media docena de distinguidas señoritas. Éstas se acordaron de su padre, en la peor jerga de los barrios bajos. Era lo menos que podían hacer.

Otro matón surgió de no se sabía dónde. Éste llevaba una «Browning», pese a que el empleo de armas de fuego daría a aquello una apariencia mucho más grave. En efecto, nadie haría creer a la policía que se trataba de una bronca vulgar.

Pero ya habían abandonado todas las precauciones. Y Murray se dio cuenta de que allí se jugaba toda la piel del cuerpo.

Movió una banqueta.

Lo hizo con la rapidez del rayo.

«Pero ¿por qué no viene la policía? —pensó desesperadamente, mientras tanto—. Siempre hay un coche patrulla por aquí cerca, y tienen que haber oído el ruido... La policía... La policía, maldita sea...».

Consiguió tocar al de la pistola en mitad de la cabeza. La

banqueta era de acero, y se hundió profunda mente en los huesos del cráneo. Un grito agónico hizo entonces temblar las paredes, aunque todavía no era un grito de muerte.

Entonces Murray fue hacia el dueño.

Murray, a veces, tenía una mala baba especial.

Lo sujetó por la cabeza, lo lanzó hacia adelante como si fuera un ariete, y le hizo romper con el cráneo todo el enorme espejo que había detrás de la barra. Cuando el tipo cayó hacia delante, ya sin sentido, tenía la cara llena de sangre.

Murray repitió con voz tranquila, mientras los huesos de sus puños producían un chasquido siniestro:

—Busco a la señorita Merrill.

Una de las chicas de elevada virtud, que había en la barra, se atizó un trago de ginebra, aprovechando que ahora nadie iba a cobrarle nada, y señaló hacia la puerta que había al fondo del local:

—Por ahí —dijo.

Murray entró.

Un despacho.

Dos butacas.

Un diván.

Una tía.

La tía estaba en compañía de un fulano que debía ser el gerente del establecimiento, y que no había querido enterarse de nada. Al verse interrumpida, la damisela gritó:

—¡Maldito hijo de perra!

Murray dijo cariñosamente:

—Mamá...

El fulano quiso lanzarse sobre él, pero ni siquiera llegó a moverse. Murray lo dejó sentado de un guantazo con el que se le llevó por delante media boca.

Luego miró a la chica.

—¿La señorita Merrill? —preguntó amablemente.

La otra, con una falta de originalidad lamentable, fue a decir de nuevo:

—¡Hijo de...!

Murray soltó un guantazo. No siempre era bien educado con las señoras. Y se enteró entonces de que la amable dama llevaba también media dentadura postiza.

Ella señaló entonces hacia otra puerta.

Murray la atravesó.

En fin, allí estaba la señorita Merrill.

Pero con qué cara...

La habían marcado con un hierro.

En adelante, ya no sería una mujer atractiva nunca más. En adelante, ya no sería más que un pequeño monstruo atormentado, que sólo se atrevería a moverse de noche por las calles de Manhattan.

Murray dijo solamente:

—¿Quién...?

Ella barbotó:

—Finger.

Murray dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo. Sabía que Finger no estaba allí, lo cual quizá era mejor, porque, de lo contrario, le hubiera machacado la cabeza. Con un gesto que quería ser suave, dijo:

—Ven. Estás libre.

La hizo salir. Sabía que en el bar iba a encontrarse con más dificultades, pero sabía también que no le estaba permitido usar armas. Sólo le faltaría eso: matar a un par de hombres. En el Departamento de Justicia no estaban esperando otra cosa para retirarle la licencia.

«La policía... —pensó de nuevo—. ¿Por qué infiernos no ha venido ya la policía?».

El camarero árabe era el único que no se había desanimado. Vino otra vez, con su gumía y con su cara de mala baba. Una de las chicas gritó:

—¡Cuidado!

Menos mal que hizo esa advertencia, porque Murray estaba distraído esta vez. Se volvió cuando el otro ya llegaba, y detuvo la gumía en el momento en que ésta iba a penetrarle en el estómago.

Retorció entonces salvajemente el brazo de su enemigo.

Se lo cargó a la espalda.

Lo volteó.

Le rompió el brazo por dos sitios.

Y luego lo envió como un fardo contra la barra, escupiendo sangre. El fulano se cargó media docena de jarras de cerveza, antes

de estrellarse contra el cristal de la entrada.

Luego Murray dijo pacíficamente:

—Usted primero, señorita Merrill.

Los dos abandonaron el bar para salir a las sombras que les esperaban, para enfrentarse con las sombras fantasmales de la Calle Tres y Avenida Doce. Casi las únicas luces que se distinguían allí eran las gabarras del Hudson. El agua brillaba quedamente por debajo de la niebla.

Claro que más brillaba la nariz de borracho del sargento Connors, uno de los bebedores más importantes de *whisky* barato que había en Estados Unidos.

Un poco más allá estaba el coche patrulla.

Muy quieto. Como si nada.

Con el conductor leyendo una revista, donde una serie de señoritas demostraban que en este planeta siempre es verano y que no hace falta la ropa.

Connors dijo:

—Bien venido, Murray.

Murray masculló:

—Cochino hijo de zorra...

—No hay para tanto, hermano.

—¿Por qué no habéis venido antes?

—Nadie nos llamó —dijo cínicamente Connors.

—Pero los golpes y las maldiciones se han oído desde Jersey City...

—De acuerdo, Murray. Ya te explicaré.

Y miró a Evelyn Merrill, cuyas piernas casi no la sostenían en pie. Miró especialmente la terrible marca al fuego que le desfiguraba la mejilla derecha.

—¿Quién? —preguntó sencillamente.

—Finger —dijo Murray.

—Ella misma le ha acusado, ¿no?

—Así es.

—Pues menos mal que ha podido...

Y ordenó a uno de sus hombres:

—Avisa a la Zona Tres. Hay una acusación en regla contra Finger. Lo quiero trincado antes de media hora. Ah... Que avisen al fiscal del distrito.

—Esta vez no saldrá libre —dijo Murray, entre sus dientes apretados—. Estoy dispuesto a que la chica declare.

—Tratarán de matarla.

—Que lo intenten...

Se notaba que estaba dispuesto a todo, y que le importaba ya bien poco obedecer la ley. Introdujo a la chica en el coche patrulla porque sabía que ellos la conducirían a lugar seguro. Connors preguntó:

—¿Te acompañamos también, Murray?

—Tengo mi coche ahí cerca —dijo Murray—. Hala, a tomar viento.

Y se alejó. Su viejo «Ford Granada» estaba a poca distancia. Y como un guardacoches que lo custodiara, vio allí cerca al teniente Floydman.

Floydman también tenía una mala leche especial, y había amenazado varias veces a Murray con quitarle la licencia, pero esta vez sonreía.

—¿Me llevas? —preguntó.

—Tu madre.

—Hombre, es que no tengo coche.

—Entonces, tu padre.

Floydman se encogió de hombros ante tantas amabilidades, pero no dejó de sonreír. Señaló el tronado «Ford Granada» de Murray.

—A ver cuándo te lo cambias, ¿eh?

—No tengo dinero para comprar otro.

—Tú siempre serás un detective barato, un fulano dedicado a los casos de poca monta y a todo eso. Hueles a basura a diez millas, Murray. ¡Y si al menos la basura diese dinero largo! Pero lo malo es que no lo da.

—¿Qué pasa, Floydman? ¿Vas a echarme un sermón? Y si me lo echas, ¿dejarás que yo responda luego?

—¿Qué tendrías que responderme tú a mí, bastardo?

—Que un teniente como tú, que lleva diez años en la Brigada de Costumbres, está ya de basura hasta el cogote, Cuarenta veces más podrido que yo. Tú no tratas más que con maricas, drogadictos, proxenetas, fulanas de tres dólares y ricachos que persiguen no a la secretaria, sino al secretario. Eso es lo que haces tú, Floydman. Ése es el mundo perfumado en el que te sientes tan bien, hijo de la gran

perra. Y ahora. Déjame en paz, y vete a sermonear a tu tío.

Estas brutales palabras no parecieron causar demasiado efecto en Floydman, quizá porque estaba acostumbrado a la «sincera» manera de expresarse del detective privado Murray. Mientras éste iba a abrir la portezuela del coche, preguntó:

—¿Llevas en tu bolido último modelo una caja de bombillas de repuesto, pichón?

—¡Pues claro que sí! ¿Qué pasa?

—¿Es ésta?

Se la mostró. Tenía una señal peculiar en uno de los lados. Murray dijo con voz opaca:

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada.

Y Floydman la lanzó contra las aguas del río. El simple choque con el líquido provocó una explosión ensordecedora, seguida de una llamarada que alcanzó en dos segundos la altura de dos pisos. Luego, nada. Luego todo volvió a quedar en silencio.

—Eso funciona con percusión y también por medio de un cable —dijo tranquilamente Floydman—. El cable lo tenías ya puesto. Sólo faltaba que le dieses al arranque.

Murray balbució:

—Dios santo...

El muy buitre, sólo cuando iba a morir se acordaba de Dios.

—La hemos desmontado hace un instante —dijo Floydman con expresión bondadosa—. Tú llevabas esa cajita en el portamaletas, al lado mismo del depósito de la gasolina.

—Sí. Al lado mismo del depósito de la ga... ga...

Le era imposible seguir.

Floydman chascó dos dedos.

—Te acompaño —dijo—, pero conduciré yo. Estás muy nervioso.

Lo llevó en el viejo coche a la vieja calle donde estaba el viejo despacho de Murray. Éste lo había heredado en traspaso de un prestamista, del que todo el mundo era muy amigo, al parecer. Junto a la puerta había la mar de expresiones que era a cual más cariñosa. Por ejemplo:

«Hijo de perra».

«Explotador».

«Roñoso».

Floydman gruñó:

—Llevas un año aquí. ¿Por qué no las quitas de una vez?

—En primer lugar, porque es difícil borrarlas —dijo Murray con indiferencia—, y en segundo lugar porque mis clientes deben pensar lo mismo de mí, y así les evito el tener que escribirlo ellos.

No dejaba de ser mía buena razón.

Entraron los dos.

Había una estantería con libros de leyes, y con casos criminales comentados. Había un diploma expedido por el Departamento de Justicia. Había una colección de viejas armas con las que se habían cometido delitos. Había una montaña de facturas. Una cafetera encima de la mesa. Unas medias encima del asiento.

Floydman las apartó.

—¿De quién? —preguntó.

—Bah, son de la mujer de la limpieza.

—¿Joven?

—Unos veinticinco.

—Pues esto hace al menos dos meses que no se limpia...

—Por eso se ha olvidado las medias —dijo cínicamente Murray

—. ¿Te preparo café?

—¿Has pagado la cafetera?

—No.

—Pues bébetelo solito. No quiero compromisos. De modo que tú y la chica de la limpieza, ¿eh?

Murray se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que haga? —Gruñó—. Ya que no le puede pagar, al menos procuro hacerla feliz.

—Qué bajo has caído, Murray...

El detective privado se derrumbó en el asiento. El diploma estuvo a punto de caerle sobre la cabeza.

—Lo sé —dijo—, lo sé...

—¿A qué te dedicas ahora? ¿Qué era lo de la señorita Merrill?

—Un asunto sucio como todos los asuntos sucios en que yo estoy metido, macho. Barato y de baja estofa. El padre de la señorita Merrill es un honorable caballero que estaba de porquería hasta las muelas. Había contraído deudas con la Mafia, y, como no pagaba, la Mafia optó por una de estas dos cosas: o le liquidaba a él o se le

llevaba a la niña para explotarla en un garito de Nueva Orleans. Ya sabes tú lo que son los prestamistas de la Maña: te dan pasta larga en veinticuatro horas y sin fiador, pero luego te piden tu propia sangre. Q pagas o acabas descuartizado en un camión donde se reparte carne de cerdo. Ese pájaro les debía hasta la leche que se bebió el año 29, de modo que, a su manera, no les faltaba razón para «la acción ejecutiva». Lo malo fue que se metieran con la chica, que no tenía ninguna culpa.

—¿Te pidieron que la salvaras?

—Sí.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? El pájaro.

—¿Y te ha pagado?

Murray hizo un gesto de desaliento, mientras abría una botella de cerveza con los dientes, y escupía la cápsula.

—¿Qué quieres que te diga? El tiene dos mil acreedores, ¿sabes?

—¿Y qué?

—Pues muy sencillo: yo ven a ser el acreedor 2001.

—¿Y qué pasará si no te paga?

—Soy capaz de llevarme a la chica, ondia...

—De modo que entre la Mafia y tú, no hay demasiada diferencia...

—¿Qué diferencia quieres que haya entre la basura que está en un balde y la basura que está en otro?

Y bebió sonoramente un trago de cerveza. Luego eructó dos veces. Todo el viejo despacho se hundía, se resquebrajaba, se deshacía bajo las ratas, el abandono y los grititos de la chica de la limpieza, cada vez que era feliz. Floydman masculló:

—Te estás yendo a pique, Murray.

—Ya lo estoy. Estoy metido en el fondo, y no voy a salir de él. Desde que me expulsaron de la policía, por no querer detener a un amigo, no he levantado cabeza. Bueno, ¿y qué? ¿Quién va a reprocharme eso ahora? ¿Es que me quejo a alguien?

Y de pronto, volvió la cabeza.

Porque le había parecido notar algo anormal, algo que no era lógico.

Porque ahí había alguien.

Floydman también lo notó. Es decir, notó que él lo había notado.

Y dijo con voz casi cariñosa:

—Pero las cosas van a cambiar, Murray. Te voy a traer un cliente que no esperabas. Mira.

Y señaló hacia el rincón más oscuro del despacho. Era el sitio que daba al pequeño cuarto de baño, y en el que Murray no se había fijado aún. El único sitio en el que no se había fijado. Y allí surgió, de pronto, el personaje, brotando entre las sombras.

Murray, a pesar de toda su sangre fría, no pudo evitar una especie de gemido de asombro.

Porque aquella cara no le era desconocida, como no le era desconocida a millones de personas en el país. Porque la había visto docenas de veces en el despacho del presidente de los Estados Unidos.

CAPÍTULO II

Por supuesto que una rata de bajo precio como Murray no entraba en el despacho del presidente de los Estados Unidos, pero, en cambio, leía todos los días el New York Times y el The Wall Street Journal, a ver si las cuatro acciones que tenía del Servicio de Pompas Fúnebres de Brooklyn habían subido. Leía también la revista Time, y eso le había permitido familiarizarse un poco, a través de las fotografías, con las personas que trataban a Ford. Porque ya se sabe que casi cada semana aparece la foto del presidente, en actos oficiales, acompañado o no de su séquito. Y aquel tipo que ahora Murray tenía delante, era un fulano que en el séquito rara vez faltaba.

El jefe de los servicios de seguridad de la Casa Blanca se sentó ante él. Puso encima de la mesa un paquete de cigarrillos, y pidió:

—¿Por qué no me prepara algo con esa cafetera que aún no ha terminado de pagar?

—Es que tampoco he pagado el café —dijo Murray sentenciosamente—. No tengo.

—Ah, entonces es distinto. Deme un poco de cerveza.

El tronado detective dijo con voz espesa:

—Fuera de aquí.

—¿Qué insinúa?

—¡Fuera de aquí, maldito cerdo!

El otro no se inmutó. Aquel visitante que estaba a miles de millas por encima suyo, se limitó a sonreír compresivamente, mientras decía:

—¿Es eso todo lo que se le ocurre? ¿Y por qué?

—Porqué el jefe de los servicios de seguridad de la Casa Blanca sólo puede entrar en mi despacho para una cosa: para orinar. ¿Ha

orinado usted ya? Pues váyase.

—Tiene un mal concepto de sí mismo, Murray.

—Ignoraba incluso que me conociera —dijo el detective, encogiéndose de hombros—. ¿En qué fichero ha visto mi feto y mi nombre? Menos en el de Invertidos, puede haberlo visto en cualquiera de ellos. Dígame en cuál y lárguese.

—Lo he visto en los informes de la Metropolitana, Murray.

—¿Y qué dice de mí la Policía Metropolitana? ¿Que era un sargento hijo de perra, que nunca quiso bajarse los pantalones? ¿Que era terco como una mula? ¿Y qué me echaron por lo que ellos llamaron «una circunstancia de traición»?

—Sí... Eso es lo único malo que dice su ficha, Murray, pero si damos la vuelta al asunto, resulta que tampoco es tan malo. Indica que usted tiene un sentido del deber y de la amistad por encima de cualquier interés material. Y que cuando cree que una cosa es justa, la defiende, aunque eso le cueste la piel.

—Me ha costado algo más que la piel. Me ha costado la vergüenza.

Como si no le hubiera oído, el hombre que tenía a su cargo el servicio policíaco más importante del país, prosiguió con voz convincente:

«—También he leído otras cosas en las fichas y los informes. Por ejemplo, que era el policía más valeroso que jamás ha tenido la plantilla de esta sucia ciudad. Que lo mismo se enfrentaba a guantazos con una pandilla de negros borrachos que al millonario cuyo hijo había abusado de una chiquilla portorriqueña. Tirador de primera especial, catcher profesional varios años, cinturón negro, mala uva concentrada... Todo eso son méritos para un trabajo muy especial que quiero encargarle ahora. Ah, lo olvidaba... Olvidaba dos cosas: la primera es que todo eso va unido a un sentido del deber realmente heroico, cuando hizo falta demostrarlo.

Los dientes de Murray rechinaron.

No le había gustado ni una sola de aquella palabra. Ni la primera ni la última.

—¿Cuál es la segunda cosa que ha olvidado? —Gruñó.

—Ésta.

Le pasó dos mil dólares a través de la mesa.

—Para los primeros gastos —dijo.

—¿Qué es eso?

—¿No conoce ya los billetes grandes? Son dos mil del ala.

—Lléveselos, hijo de perra.

El otro parpadeó levemente. Quizá aquello ya era demasiado, pero se aguantó. Con voz imperturbable preguntó:

—¿Por qué dice eso?

—Porque, como burla, está todo bastante bien organizado. Vamos, es que no le falta ni un detalle.

—¿Burla?

—¡Pues claro que sí, so faldero! ¿O cree que me chupo el dedo?

—Me extraña que pueda pensar eso —dijo su visitante, poniéndose en pie—. El hecho de que crea que yo, a estas horas, me dedico a gastar bromas, es casi un insulto al Gobierno del país. Por si no lo sabe, le diré que he tenido que conducir yo sólo hasta aquí. Y no acostumbro a hacerlo.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Tanto le cuesta?

—Sígame.

Los tres salieron a la calle. La Cuarta, en la parte que da al Bowery, tenía un aspecto mortuorio, a aquella hora. Dos borrachos se arrastraban bajo los coches para que no les alcanzara la lluvia que empezaba a caer, como si no hubieran encontrado un refugio mejor para matar las horas. Una pareja se hacía el amor en una furgoneta de reparto. Un periodista, al que conocía Murray y que llevaba dos meses sin trabajo, se iba hacia el sur, hacia la Battery, seguramente para lanzarse a la bahía, con una piedra al cuello.

Total, que todo aquello rebosaba optimismo y ganas de vivir. Era una zona residencial que daba gusto.

El visitante le señaló el coche que estaba en la esquina. Era un «Mercedes» de importación negro, que valía veinte mil dólares. Rodeado de botellas vacías y papeles sucios por todas partes, parecía como si lo hubiese dejado caer allí un hada que se hubiera equivocado de sitio. Murray gruñó:

—¿No teme que se lo roben?

—No. Con eso dentro, no me lo robará nadie —murmuró el jefe de los servicios de seguridad de la Casa Blanca.

Murray se dio entonces cuenta de que «eso» era el cadáver de un hombre. Llevaba uniforme como el que suelen usar los chóferes de lujo, tenía la gorra caída y la cabeza atravesada de un balazo.

—La caricia era para mí —dijo el hombre que cuidaba del presidente Ford—, pero se equivocaron. Eso le demostrará que ni yo bromeo ni el asunto es para que bromeé nadie.

Murray se pasó una mano por la frente, mientras mascullaba:

—Está bien, le invito a una cerveza.

Y enseguida añadió:

—Le invito yo, pero que el Gobierno pague...

* * *

El bar era pequeño, sucio, y su nombre, traducido un tanto libremente, era éste: «Los Clavelitos». Y había «clavelitos» por todas partes, ésa era la verdad. Había tipos blancos, negros, amarillos... Fara variar, incluso no faltaba ni un piel roja.

La camarera, que era la única persona decente y fina que había en el local, dijo educadamente:

—¿Qué va a ser, machos? Decidlo de una puñetera vez.

—Cerveza —pidió Floydman.

—Cerveza —pidió también el hombre de la Casa Blanca.

—Leche envenenada —gruñó Mallory.

La chica, que le conocía, masculló:

—Pues te la sirves tú mismo.

De todos modos, le trajo *whisky* barato. Murray iba a por el tercer vaso cuando preguntó sencillamente:

—¿Por qué?

—Se trata de la última serie de atentados contra el presidente de los Estados Unidos.

—¿Y eso qué tiene que ver? Los que los efectúan son chiflados, son locos. Gentes que se levantan por la mañana y dicen: «Hoy voy a hacer que mi nombre suene». Y se lanzan del Empire State, colgados de un hilo telefónico o disparan contra el presidente Ford. Sí, ya sé que éste parece haber nacido con desgracia, porque se equivoca en los brindis^[1] y desde que tomó posesión están disparando contra él como quien dice cada media hora, pero es un gran hombre. Nadie le puede odiar realmente, ni hasta ahora ha perjudicado intencionadamente a persona alguna. Por eso los que han atentado contra él son verdaderos locos, o mejor dicho verdaderas locas.

—Precisamente porque es un hombre honrado, estorba a determinados estamentos del país —dijo el personaje de la Casa Blanca—. Y usted conoce los atentados visibles, pero no los atentados invisibles, los que han llegado a prepararse y no se han llevado a término, por una razón u otra. Esos locos o locas que han disparado hasta ahora sin ningún éxito, son anormales, desde luego, pero están... ¿cómo diría yo...? Están teledirigidos. Alguien les influye, les dirige, les sugestiona... Existe un auténtico complot en las alturas, y yo soy el hombre que debe descubrirlo, antes de que sea demasiado tarde. Por desgracia, ha llegado ya un momento en que cada minuto cuenta.

Murray arqueó una ceja. Iba ya por su sexto vaso.

—¿Y para eso me ha llamado a mí? —carraspeó—. Está borracho...

—Tengo mi testigo —dijo el hombre de la Casa Blanca.

—Pues cómaselo.

—Me he expresado mal. Es una testigo.

—Pues llévesela a la peluquería.

—Está borracho, Murray.

—¿Y qué? Ésa es una de las pocas cosas que un hombre puede hacer aún en este puñetero país, sin pedirle permiso a nadie.

El hombre de la Casa Blanca pareció decepcionado por unos momentos, como si pensara que se había equivocado de sitio, pero al fin murmuró:

—Esa mujer de que hablo conoce al organizador del plan. Sabe que es un personaje de Sur, sabe que está vinculado a fuerzas extremadamente conservadoras, y hasta reaccionarias, y que posiblemente se encuentre relacionado de alguna forma con los grupos que mataron a los Kennedy. Se trataría de yugular, de cortar en su raíz todos los avances auténticamente sociales que puedan darse en este país. No sé si me estoy explicando con claridad. Tratar de imponer ciertos programas en los Estados Unidos significa, sobre todo en según qué sectores, pedir a gritos la muerte. Eso les ocurrió a los Kennedy y a Luther King y le puede ocurrir a Ford.

—Los cementerios están llenos de tíos que quisieron imponer programas —dijo aburridamente Murray—. ¿Y qué?

—La mujer de que le hablo puede conocer al Jefe de la organización, por una sencilla cosa que él no sabe. Voy a serle quizá

demasiado sincero, Murray. Este detalle, quizá valdría un millón de dólares.

—Pues escupa el millón, y quédese el detalle.

—No sea marrano. El millón le duraría quince días.

—Tal vez sí —dijo Murray con los ojos en blanco—, pero qué quince días, amigo... ¡Qué quince días!

Floydman susurró:

—Lo que estamos hablando solo lo conocen cuatro personas en el país, Murray, aparte del propio presidente: eso mujer-testigo y nosotros tres. Vea si es importante la confianza que le hemos otorgado. Y si me pregunta por qué esa mujer puede conocer al jefe de la organización, yo se lo explicaré: ella era dirigente de un movimiento juvenil para la Igualdad de Derechos, y actuaba en Montgomery, en lo más racista del profundo Sur. Por descontado que allí no era bien vista. Algunos politicastos y algunos policías corrompidos llegaban a meterla en chirona hasta des veces al mes, por los procedimientos más raros. Incluso por aparcamiento prohibido. Pero ella no cejaba: había organizado algunos movimientos estudiantiles, y llegaba a ser un peligro para el establishment de según qué gentes del Sur. Entonces decidieron dañe un escarmiento de verdad: cuatro salvajes la encerraron una noche en un establo, la apalearon hasta dejarla por muerta, y luego la atropellaron. Foro el primero que lo hizo fue alguien que había llegado desde fuera, alguien que, por retazos sueltos de la conversación, ella identificó como «el jefe». Y supo que había llegado allí para algo muy importante, para algo que podía estar relacionado con la muerte del presidente Ford. En esos momentos en que los instintos más bajos se desatan, ya se sabe que algunos tipos hablan más de la cuenta. Por otra parte, a ella la consideraban sin sentido, y no podían imaginar que les entendiera.

Murray dijo con esa brutal indiferencia que solamente el oficio puede dar:

—Cada día hay chicas atropelladas en Nueva York, de modo que no me importa una más en Montgomery, Alabama. Hábleme del caballo que va a ganar mañana en las carreras de Oakland, y quizá le entenderé mejor. Y ahora váyanse al infierno los dos. Paguen lo que hemos bebido y lárguense. ¡Lárguense de una vez!

El hombre de la Casa Blanca le miraba fijamente a los ojos, le

miraban casi con odio.

—Ahora ya hemos dicho demasiado, Murray, ahora tiene que seguir.

—Si piensa que me acuerdo de una sola palabra de las que ha dicho, va equivocado. Estoy borracho, ¿ha entendido? ¡Estoy borracho!

—Esa chica estaba destrozada y perdida —dijo Floydman, como si no le hubiese oído bien—. Se encontraba, además, a oscuras. A oscuras, como unas ratas. No vio a nadie.

—Pues sí que tiene gracia... —masculló Murray—. Noto que hay más de un borracho en esta mesa. Entonces, ¿cómo puede identificar al jefe?

—Por su mano derecha.

—¿Qué mano derecha ni qué porras, si no la vio?

—Pero la sintió.

—Bueno, claro, ya lo supongo, pero ¿y qué?

—Tiene dos dedos pegados en la mano derecha. Dos dedos que son como uno solo, porque no puede moverlos con independencia. Ese cerdo hijo de perra no sabe que la chica lo notó.

Murray lanzó un silbido. La cosa empezaba a interesarle, pero sólo en cierto modo. No estaba dispuesto a meterse hasta les codos en aquel mejunje que olía tan mal, pero no podía negar que la cosa tenía su gracia. De modo que dos dedos semiparalizados, de forma que uno no podía separarse del otro... Bueno, ¿y qué? ¿Quién encontraba a un fulano semejante entre más o menos cien millones de hombres como hay en los Estados Unidos, de los doscientos millones de habitantes que componen su censo? La chica ultraje da en Montgomery, Alabama, iba lista. La policía iba lista. Antes se jubilarían todos que dar con la menor pista que llevase a alguna parte.

Como si estuviera adivinando sus pensamientos (no en vano también era del oficio), Floydman susurró:

—Hemos estado revisando todos los ficheros del FBI, todos los de las policías locales, todos los ficheros militares... No hay nada. Si ese tipo está fichado, disimuló lo de ambos dedos tan bien, que no llamó la atención del que le hacía el examen. Clare que una cosa así quizá la notaron en el Ejército, o mejor dicho creo que a la fuerza debieron notarla, porque un fulano con esas características no podía

disparar normalmente. Por eso hemos estado investigando entre todos los que fueron dados como inútiles, en los últimos años, a causa de defectos en las manos. Y nada.

Murray se sirvió otro *whisky*.

—Pudo causarse la lesión después de ser licenciado del Ejército —dijo—. Claro que pudo...

—Por descontado, y eso nos obliga examinar los partes médicos de todos los centros de traumatología del país. Lesiones en el metatarso o dedos de la mano derecha de un individuo del sexo varón y raza blanca... Miles y miles de partes. Pese a que estamos empleando los sistemas más mecanizados, necesitaremos como mínimo dos semanas más. Es decir, una montaña de tiempo.

—Eso... ¿eso les parece una montaña de tiempo? Es un plazo breve, ¿no?

—Cuando no podemos esconder ya a esa muchacha porque están tratando de matarla por todos lados, claro que dos semanas son demasiado tiempo —interrumpió el hombre de la Casa Blanca—. Claro que sí... Y ahora me parece que definitivamente he hablado más de lo que tenía que hablar, Murray. Los que hicieron esa canallada se han dado cuenta de que nosotros controlamos a la chica, de que le estamos sacando información, y de que ella puede darnos una pista. Ignoran que notó lo de los dos dedos, por supuesto, pero imaginan que sabe algo, y por eso están tratando de matarla. La protegimos metiéndola en una cárcel femenina, y una de las celadoras se la quiso cargar. Cuando estábamos interrogando a esa puerca de celadora para saber quién la pagaba, se la cargaron a ella también. La llevamos a una granja aislada de Connecticut, bien protegida por la policía, y cuando nuestra mujercita paseaba a caballo, estalló una mina militar bajo sus pies. La habían enterrado allí, durante la noche. El caballo quedó despanzurrado, y ella escapó viva de milagro, pero quedó algo sorda y con los nervios deshechos. Ahora la tenemos en un correccional femenino de Austin, en Texas, pero nadie nos asegura que dentro de dos horas estará viva, con tanta gente nueva que entra continuamente allí. Por lo tanto, necesitamos alguien que la proteja.

Murray preguntó con voz gangosa:

—¿Y han pensado en mí? Lo repito, sucios hijos de perra: no soy yo el único borracho que hay en esta mesa.

—El Gobierno buscaba al mejor hombre del país para este trabajo concreto, Murray, y yo te he recomendado. Tienes que aceptar. Tienes que hacerlo... Ahora ya no te puedes volver atrás.

—Me puedo volver atrás cuando quiera. Yo no he aceptado nada —dijo Murray con voz gangosa—. Métete los dos mil pavos donde quieras.

—No puedes rechazarlo, Murray —insistió Floydman.

—¿Por qué no puedo rechazar?

—Serías un hijo de perra.

—Supongamos que lo soy.

—Yo te he salvado la vida.

—¿Tú...?

—¿Ya no recuerdas lo del explosivo que pusieron en la cajita de bombillas de repuesto de tu coche?

Murray cabeceó.

Entre otros defectos, tenía el de ser agradecido. Sí, ése es un defecto, a veces. Con la mirada turbia dijo:

—¡Maldito seas mil veces!

Pero estaba claro que había aceptado. Floydman se puso en pie.

—Vamos —fue todo lo que dijo.

Y se dirigió a la puerta. Pero Murray gruñó con voz espesa:

—Poco a poco. Además de los dos mil pavos para los primeros gastos, quiero otra cosa.

—¿Qué?

—Unas medias nuevas para la chica que debía haber limpiado el despacho. Me temo que las que se olvidó ya no voy a poder devolvérselas...

CAPÍTULO III

La calle charolada por la lluvia, la soledad, la cercana humedad de la Battery, los rumores sordos que llegaban del río... Todo eso pareció quedar roto, de pronto, por la carcajada de Murray. Mientras se apoyaba en la pared y parecía ir devolver todo el *whisky* que había bebido, barbotó:

—Pero ¿es que somos todos idiotas? ¿Cómo no lo he comprendido antes? ¿Y por qué yo, que soy el único que ha bebido, tengo que darme cuenta de las cosas antes que los que no han bebido nada?

—¿A qué te refieres? —preguntó Floydman.

—Que lo preguntes tú, yo es un buen contrasentido. Indica lo bajo que ha llegado a caer esa policía pagada por el contribuyente sufrido. El jefe de seguridad de la Casa Blanca viene a verme a mi despacho, y sin duda lo conocen, porque le matan el chófer. Un teniente de la Metropolitana viene a verme, y los tres nos ponemos a charlar en un bar, lleno de tipos que hablan más que lores. Dentro de media hora, todo Nueva York sabe que el Gobierno me ha contratado. Precioso, ¿no? ¿Dónde quiere esa tal Elinor —pues así se llamaba la chica— ser enterrada? ¿En Brooklyn?

—¿Por qué en Brooklyn? —preguntó fríamente Floydman.

—Tengo cuatro acciones de la empresa de pompas fúnebres del distrito. Me interesa que suban.

—Está bien. De acuerdo. Nos hemos equivocado —gruñó Floydman.

—Pues sí que sois listos. No me extraña que al contribuyente no sólo lo avasallen, sino que además se le hagan pipi encima. Id a la puñetera mi... mi...

No estaba dispuesto a terminar. Hizo un gesto de asco, mientras

entraba en su despacho de nuevo. Vio la mesa, los viejos títulos, los libros, la cafetera que no había pagado aún, las sillas no de segunda mano, sino de segundo fondillo... En fin, todo lo que formaba su magnífico universo de hombre que había llegado muy alto. Vio también el espejo.

Y en el espejo estaba él.

¿El?

¿El espejo?

¿El?

Pero ¿qué clase de broma era aque... que...?

El hombre que estaba detrás de la cafetera dijo:

—He traído un poco de café pagado al contado. ¿Le preparo una taza?

Murray se pasó una mano por la mandíbula.

Estuvo a punto de caerse.

—Oiga, hijo de perra —barbotó.

—Nunca he conocido a nadie que se insultara a sí mismo con tantas ganas —dijo el desconocido—. De todos modos, bienvenido a su casa.

La voz de Floydman, dijo a su espalda quedamente:

—¿Qué te parece?

Murray se tambaleó de nuevo.

—Oye, ese mal nacido es... es... —barbotó.

—Sí, ya sé. Eres tú mismo.

—¿De qué cloaca lo habéis sacado?

—Nos costó seleccionarlo. Hicimos pruebas con muchas personas, pero el que mejor daba el maquillaje era él. Y hasta parecía como si hubiera estudiado tus gestos con tiempo. Era fantástico... En según qué momentos, te recordaba tan perfectamente que ya no pudimos dudar.

—¿Es actor de teatro?

—No —dijo el hombre de la Casa Blanca.

—Pues entonces, ¿por qué él?

—Por lo que hemos explicado: porque daba con exactitud el tipo. Además, las mejores películas ya no se hacen con actores profesionales, sino con gente de la calle. Todos los directores de cine realista saben eso.

Murray balbució, todavía dominado por el asombro:

—No se lo va a tragar ni su padre.

—Te lo has tragado tú, ¿no?

—Veo que le habéis hecho incluso ropas como las mías... La cosa está preparada con detalle, ¿eh? Muy bien. Perfecto... El mariscal Montgomery tuvo bastantes dobles durante la guerra. Churchill los tuvo también. Dios sabe cuántos habrá tenido Hitler, Stalin, Nixon, el propio Wallace... El día que la gente conozca la historia de muchos dobles va a chillar de asco o se va a morir de risa... Perfecto, pero ya he dicho que eso no se lo va a tragar ni su padre. Cuando ese fulano tenga que actuar, cuando se meta en tabernas sin nombre, en casas de mala nota o entre gangs de invertidos que pelean con garfios, va a perder en media hora hasta la última muela. Es una tontería que os empeñéis en eso. No engañará a nadie.

Floydman dijo con voz opaca:

—Ese hombre no actuará durante una semana. Vendrá al despacho, resolverá asuntos rutinarios, y no tendrá tiempo para nuevos clientes. No le van a quedar ni diez minutos libres para sus actividades habituales. De pronto, le va a llover trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Uno que le obligará a no moverse apenas de aquí.

—¿Y quién se lo va a proporcionar?

—El Gobierno. Es muy sencillo. Por ejemplo, dos revisiones de contabilidad con nombres supuestos. Ya hay bastante para tener encerrado una semana a un tío.

Murray se pasó el dorso de la mano por la boca.

—¿Y la chica? —barbotó.

—¿Qué chica?

—Yo tengo una amiguita, ya lo sabéis. No es gran cosa, pero tampoco puede aspirar a nada mejor.

—¿Cuándo iba a venir? Es la de las medias, ¿no?

—Ujú.

—Repito: ¿cuándo iba a venir?

—Pasado mañana.

—Mañana le vas a decir por teléfono que no venga en siete días. Nosotros le buscaremos otro trabajo para que durante ese tiempo, no se acerque por aquí.

El que iba a ser el doble de Murray protestó:

—La única cosa agradable del trabajo, y me la quitan...

—¿Es que hasta en eso pensaba sustituirme? —Gruñó el detective privado.

—Pues claro, pedazo de cerdo...

—Je, je... No ibas a poder hacerlo —dijo secamente Murray—. No, eso seguro que no.

—¿Por qué? —masculló el otro—. ¿Piensas que iba a quedar mal?

—No... Pienso que ibas a quedar demasiado bien, y ella notaría la diferencia. Estoy tan tronado, que últimamente ya no sirvo ni para eso.

Entonces recibió aquel golpe en la nuca. Rodó escaleras abajo como un paquete.

CAPÍTULO IV

—Teníamos que sacarte ele allí de alguna forma que no se notara — dijo Floydman en el interior de la furgoneta, mientras le pasaba un vasito de ron—. Teóricamente, tú seguías en el despacho, y allí sigues aún, de modo que los que nos están vigilando piensan que no te has hecho cargo del caso, y que nos has enviado a tomar viento. Pero si salíamos contigo otra vez, lo hubieran notado, de modo que te sacudimos de la forma más indigna. Sí, ya sé que no estuvo bien... ¿Qué tal este ron?

Floydman tuvo el tiempo justo de apartarse.

Murray se lo había querido escupir a la cara.

—No hay para ponerse así —dijo con voz opaca.

—¿Quién me atizó?

—El jefe de seguridad.

—Pues mis respetos para el tío, y mi maldición para su padre, si es que lo ha conocido. ¡Qué forma de atizar!

—Estabas desprevenido, Murray. Normalmente, no lo hubiera podido conseguir.

—¿Cómo me habéis sacado?

—Nosotros nos hemos ido solos. Tú has quedado muy quieto, con una inyección narcótica, dentro del doble fondo de una cómoda que se iba a llevar un camión guardamuebles a la mañana siguiente.

—¿Y esto es el camión guardamuebles?

—No. La cómoda ha sido depositada en un almacén de Nueva York, y tú has salido luego en una furgoneta de reparto de productos farmacéuticos, que es ésta. Se trata de una furgoneta auténtica, y que cada día hace servicios rutinarios de reparto por la comarca, de modo que nadie se va a sorprender. Ahora vamos camino de Boston. Para todo el mundo, sin embargo, tú sigues en tu

despacho.

Murray terminó el ron que quedaba.

—No está mal planeado del todo... —barbotó—. Yo lo hubiera hecho mejor, desde luego, pero tampoco está tan mal, tampoco está tan mal...

Y empezó a desperezarse. Por la ventanilla que daba a la cabina del conductor entraba mucha luz, lo cual indicaba que ya estaba avanzado el día. Al recobrar un poco mejor el dominio de sus sentidos, Murray gruñó:

—¿Hacia dónde me lleváis?

—Eso depende de ti.

—¿En qué sentido depende de mí?

—Eres tú quien debe elegir el escondite.

Murray reflexionó velozmente. Ahora ya estaba metido en el mejunje, ya estaba pringado hasta el cuello, y no podía escapar. Pero aún barbotó:

—Si no fuera por la gratitud que te debo, te juro que...

—Olvidalo.

—¿Cómo voy a olvidarlo? Te debo la vida, y tú te ocuparás de recordármelo cada cinco minutos si fallo, ¿no es eso?

—Está bien, es eso. ¿Y qué?

Murray prefirió no contestar.

Tras unos instantes de reflexión, dijo solamente:

—Clayman.

—¿Qué es Clayman?

—Una pequeña población, a veinte millas de Boston. Tranquila, sosegada, gente que ni siquiera bebe los sábados. Hay allí una casa que se alquila por días, y que a veces la ocupan pintoras y a veces la ocupan escritores, que desean a toda costa terminar un libro. Parejas clandestinas, no, porque aquella comunidad no lo consentiría. Yo he estado allí un par de veces. Si la casa está libre, es un sitio tan bueno como cualquier otro.

—¿El dueño es de confianza?

—No sé quién es el dueño. El administrador es un tipo que vive en Boston.

—¿Le conoces?

—Ya te acabo de decir que he hecho tratos dos veces con él.

—Pues llámalo.

La furgoneta se detuvo en un parador de la ruta. Había allí un motel, un bar y una estación de gasolina, como en casi todos los puntos semejantes de los Estados Unidos. También habla varios coches, pero ellos se detuvieron especialmente detrás de uno que quedaba muy oculto a los ojos de los que llegaban al parador. Saltaron a tierra, y Murray fue al excusado. Se sentía baldado, hundido, lleno de angustia hasta el cuello.

Tenía hambre.

Sed.

Todo.

Cuando estuvo visible otra vez, Floydman había desaparecido. La furgoneta había desaparecido. El chófer de la furgoneta había desaparecido. Solamente estaba en la puerta un tipo que le entregó unas llaves.

—Telefóneee —dijo.

Murray no contestó. Estaba acostumbrado a aquella clase de situaciones. Tomó las llaves del coche y se dirigió a la cabina, tras comprar una serie de fichas. Hizo una llamada de larga distancia a Boston, a la casa del administrador de fincas que le había alquilado dos veces la casa de Clayman. Hubiera podido llamar a otros sitios, caso de estar ésta ocupada, pero tuvo suerte y la encontró libre. Aquel lugar tenía la ventaja, además de resultarle conocido, de que no estaba lejos de allí.

Puesto que le habían dado dos mil pavos para los gastos iniciales, se dedicó a comer bien por primera vez en bastante tiempo. Tomó dos cafés seguidos, dos copas de *brandy*, dos vasitos de *whisky*, pagó y se fue.

No sabía a qué coche correspondían aquellas llaves, pero su instinto le dijo que era el mismo tras el que se había detenido la furgoneta. Para la policía no había sido tan difícil prever un servicio así, después de todo, puesto que si había cinco paradores en la ruta que iban a seguir, y la furgoneta se detendría forzosamente en uno de ellos, bastaba con asignar para aquella misión cinco coches y cinco agentes. Murray estaba seguro de que allí dentro encontraría todo lo necesario.

El coche era un magnífico «Cadillac», en el que nadie sospecharía que iba un detective tan tronado como él. Por otra parte, a los ojos de cualquiera que estuviese vigilando el parador,

era un cliente como cualquier otro que salía. No había nada en él que llamara la atención, excepto su juventud y su corpulencia de *cácher*. Porque Murray tenía treinta años, pero aparentaba quizás dos o tres menos. Y sus espaldas anchas y potentes eran las de un hombre que parecía haberse pasado la vida en el *ring*.

En la guantera del coche encontró una tarjeta de crédito bancario extendida a su nombre, y que le permitía comprar en muchos establecimientos. Encontró también una pistola alemana «P-38

» con dos cargadores completos. Un cuchillo con mango de plomo para lanzar. Unos guantes. Una cajita de aspirinas. Vamos, que no faltaba nada. Ni para el dolor de cabeza.

En el portaequipaje pudo hallar una maleta con dos trajes a su medida, varias mudas y unas corbatas. También había vestidos femeninos, zapatos, medias y ropa interior. Todo aquello indicaba que su equipo y el de la chica habían sido preparados con cierto tiempo. No se trataba de algo que la policía había improvisado en el último momento, sino de una operación importante, y a cuyo servicio se habían puesto los innumerables recursos de la Casa Blanca. Así daba gusto trabajar.

Murray empezaba a sentirse optimista.

Sólo le faltaba la chica.

¿Dónde cuerno estaba ella? Habían montado un sistema de protección casi perfecto, pero ¿dónde estaba la persona a la que tenía que proteger?

Aunque eso le desconcertó en el primer momento, pensó que ya la encontraría. Sin duda, la aparición de Elinor era un detalle previsto. Murray hizo crujir sus nudillos, puso el coche en marcha y siguió adelante.

Nunca había conducido un bolido así, tan potente y tan silencioso. Bordeando la autopista general, puesto que le interesaba saber si alguien le seguía, y eso se nota más en una carretera, fue hacia Clayman. Las pequeñas poblaciones iban desfilando ante sus ojos con ese clima sosegado, tranquilo, de una de las regiones más aristocráticas y puritanas de los Estados Unidos. Todas las tradiciones de la vieja Europa habían sido exageradas allí, con un cierto puntillo de nuevo rico. Las casas eran elegantes y sólidas, las zonas verdes eran inmensas, y los coches estacionados en las calles

correspondían casi siempre a los últimos modelos salidos de las cadenas de Detroit. Daba una cierta sensación placentera pasearse por allí, como un millonario, conduciendo un «Cadillac» último modelo, sensación tan desacostumbrada para Murray que hasta le producía un cierto placer; pero a todo esto, ¿dónde infiernos estaba la chica?

Ya le faltaba poco para llegar a Clayman.

Y entonces la vio.

Fantásticas piernas.

Unos ceñidísimos *blue-jeans*.

A Murray le gustaban más las chicas con falda, porque quedan más femeninas, pero a una jovencita que lleva unos pantalones tan extremadamente ceñidos como los que aquélla llevaba, todo se puede perdonar.

El jersey que lucía sobre los *blue-jeans* también era muy ceñido. La chica era semirrubia, llevaba parte de la melena tapándole la cara, y hacía señas de *auto-stop*.

Seguro que no hacía ni dos minutos que estaba allí; de lo contrario, cualquier otro coche de los que pasaron anteriormente la hubiese recogido. Debía vigilar entre los matorrales de la curva, y sólo apareció cuando vio llegar el «Cadillac».

Murray apretó los labios, con un gesto de complacencia.

Todo perfecto. Recogía a la chica en un punto que nadie había podido controlar, excepto los propios servicios de seguridad, organizadores del plan. La llevaba a un Sitio que sólo él y Floydman sabían. El mismo elegía la ruta hasta Clayman, a partir de aquel momento. No cabía duda de que cualquiera que hubiese intentado controlarle se habría vuelto loco.

Frenó y abrió la portezuela. La chica dijo:

—¿Murray?

—Sí. Y además, ya lo sabías.

—Gracias.

Parecía un poco asustada, cuando él arrancó. La mirada acerada de aquel tipo quizá le había hecho daño, quizá le había infundido una oscura y secreta desconfianza. Y las primeras palabras que Murray pronunció no contribuyeron, desde luego, ni mucho menos, a sumirla en un clima de «relax». Narices.

—Hijos de perra —dijo él.

—¿A quién... le dice eso?

Elinor se sonrojó. Sus manos temblaron levemente.

—¿Era absolutamente necesario que te lo contaran? —musitó.

—Yo tenía que saberlo todo.

—¿De verdad te llamas Murray?

—Sí. Ésa es la única cosa verdadera de todas las que te han debido contar.

—No me han dicho apenas nada, excepto que podía confiar en ti. Y que hiciera absolutamente todo lo que tú rae pidieses. Cosas honestas, claro.

Murray rió. Aquella mezcla de seriedad y desparpajo de la chica le gustaba. Tomó una carretera secundaria porque supo que a lo largo de ella llegaría antes a Clayman.

—¿Elinor es, también, tu verdadero nombre? —preguntó.

—Sí.

—¿Cómo has llegado hasta esa curva? ¿Cómo sabían exactamente la carretera que yo iba a tomar?

—Me han depositado desde un helicóptero.

—Ah, ¿de modo que me vigilaban desde arriba?

—Sí, desde muy arriba. A causa del techo rígido de tu coche, tú no podías notarlo. Te han estado vigilando desde que saliste del parador.

—¿Era un helicóptero de tráfico?

—Sí. De ese modo no llamaba la atención de nadie.

—No puedo negar que es un plan bien organizado —dijo Murray—. Sí, un plan perfectamente organi...

La bala penetró entonces por la luneta trasera, y se llevó parte de la piel del cuello. Hizo un extraño giro, y se hundió en el «tablier».

Un poco más, y se lleva por delante la única corbata nueva que Murray tenía.

Y eso sí que hubiera sido mala baba, vamos...

CAPÍTULO V

La rapidez de reflejos de Murray fue tan instantánea como la bala. Inmediatamente se dio cuenta de la situación. A partir de aquel instante, todo lo que sucedió se transformó para la muchacha que iba con él, en un especie de vorágine sin nombre.

Murray vio el coche desde el que acababan de disparar. Estaba apenas a cincuenta yardas, y venía lanzado a ciento ochenta, de tal modo que él no había podido darse cuenta de que le seguía porque el bólido se había mantenido a gran distancia en la carretera solitaria, hasta echarse, de pronto, encima suyo.

El vehículo que ya casi estaba sobre él era un último modelo de «Corvette» de dos plazas, con un buitre que manejaba el volante y otro que manejaba una «Browning» de cañón extralargo. La «Browning» era, en realidad, como un rifle, y resultaría terriblemente eficaz a aquella distancia.

Tampoco resultaba posible para un «Cadillac», pese a la fantástica velocidad de éste, competir con un «Corvette» último modelo. La distancia de cincuenta yardas se iría reduciendo progresivamente a cuarenta, a treinta y a menos, de modo que el próximo balazo sería miserablemente fácil para el tirador de la banda derecha.

Murray dio un terrible bandazo. Con ello esquivó los dos próximos proyectiles que llegaban por él.

El tirador que tenía a su espalda nunca hubiera imaginado que una especie de camión como era el «Cadillac» pudiera bandearse a tal velocidad. Casi se salió de la carretera, volvió a ella y produjo sobre el asfalto un terrible chirrido de neumáticos. Éstos parecieron despedir chispas cuando el bólido se lanzaba a una velocidad suicida.

El «Corvette» siguió.

Si lo que quería era una carrera de velocidad, Murray iba listo. Se situarían a su altura en menos de dos minutos. Un par de balas con toda seguridad a uno de los neumáticos delanteros y... ¡al infierno!

Murray gritó a la chica:

—¡Inclínate!

Quería, sobre todo, que ella no ofreciera blanco, puesto que le pagaban para protegerla. Mientras conducía con una mano, tocó con la otra la culata de la «Luger», y quitó el seguro, pero no la usó. Volverse a aquella velocidad hubiera sido suicida.

Como suicida era lo que estaban haciendo los del «Corvette». Los, muy imbéciles no se daban cuenta. Murray aceleró hasta los ciento noventa por hora, mientras los otros, casi rozándole, venían a ciento noventa y pico. Los motores rugían a punto de estallar, mientras los cuentarrevoluciones se situaban en la zona roja.

Murray apretaba a fondo. Los otros apretaban a fondo. El detective se dio cuenta de que sus enemigos no tardarían en disparar otra vez, aunque ahora iban a hacerlo sobre las ruedas.

Los muy imbéciles...

Sólo tenían pies para apretar el acelerador y dedos para dominar el volante, pero no cerebro para pensar en la relación de pesos que podía establecerse en menos de un segundo. Tenía que habérseles ocurrido que Murray haría lo que hizo.

La plancha del «Cadillac» es la de un acorazado.

No había ningún viajero en la parte de atrás.

—Pues bien..., ¡al diablo!

El detective frenó en seco. Los neumáticos produjeron un terrible crujido en la carretera solitaria, el coche basculó, pareció ir a volcar y en menos de un segundo se detuvo en seco, quedando ligeramente cruzado en la carretera. Los del «Corvette» venían a unas veinte yardas, y lanzados a más de ciento noventa.

Ni tiempo de frenar.

Ni tiempo de rezar.

Ni tiempo de decir «mamá».

El «Corvette», pese a estar bien construido, no ha sido diseñado para choques de esa naturaleza. Quedó convertido en migajas, en cenizas, en pavesas y en papeletas para la declaración de impuestos.

De los dos hombres que iban en él nunca más se supo. Murray vio volar algo y gruñó:

—No sé si es un pedazo de cerebro o el botón de un chaleco...

El «Cadillac» había quedado aplastado en parte, y el portaequipajes había quedado reducido a la mitad, pero todo el conjunto funcionaba perfectamente. Reemprendió la marcha hasta que Murray se dio cuenta de que no había resuelto más que la primera parte del problema. Porque la segunda parte estaba apenas a media milla.

Sus enemigos debían haber previsto liquidarle en la fase inicial, junto con Elinor, pero por si ésta fallaba habían cortado la carretera. De ese modo Murray tenía que encontrarse entre el coche perseguidor y el que ahora había aparecido, de pronto, ante sus ojos.

Y éste no era un «Corvette», sino un verdadero tanque cruzado en la carretera. Se trataba de un «Ford» camioneta, apto para las labores del campo. En la parte de atrás llevaba, cubierto con una lona, algo que podía ser una máquina agrícola.

Pero que no lo era.

La lona saltó de pronto, mostrando la ametralladora pesada. El tipo que había estado pegado al fondo de la caja apareció de repente también. Como en una operación de guerra, se dispuso a batir la carretera palmo a palmo.

Murray lanzó una salvaje maldición.

Por una parte, le asombraba la riqueza de medios empleada por sus enemigos, y por otra, su audacia. Claro que ninguna de ambas cosas era de extrañar en una organización que trataba, evidentemente, de hacerse cargo del poder, y que debía tener complicidades en las más altas esferas. Por otra parte, aquellas acciones, en conjunto, debían durar apenas unos minutos, y estaría previsto que la policía local se enterara de ellas demasiado tarde. Por lo menos, ése debía ser el plan de los que atacaban.

Pero Murray, pese a saber que era un hombre sólo luchando contra toda una organización, no se puso ni siquiera nervioso. Se dio perfecta cuenta de que la ametralladora iba a batir el terreno empezando por la izquierda, y además, apuntando hacia el sitio en que el «Cadillac» tenía que encontrarse muy poco después. Caso de seguir recto, le alcanzaría. Por lo tanto, se desvió hacia la derecha,

frenó y pegó un bandazo. La ametralladora empezó a tabletear rabiosamente, y a dejar un profundo surco en el asfalto, a menos de dos pasos por delante del coche.

Éste resbaló materialmente sobre la cinta protectora de la carretera. Toda su parte derecha quedó hundida. De la carrocería escaparon chispas, mientras se captaba un siniestro crujido.

Elinor gritó, aterrorizada. En su cerebro penetró la idea de que aquello no tenía remedio, de que ya era el fin. No se dio cuenta de que Murray sacaba tranquilamente la mano izquierda por la ventanilla.

En esa mano izquierda estaba la

«P-38

». Mientras el de la ametralladora alzaba el cañón ligeramente para alargar un poco el tiro, Murray hizo fuego.

Se oyó un chasquido.

Un grito.

La ametralladora dejó de tabletear.

El tirador acababa de ser alcanzado en mitad de la frente.

Pero Murray se dio cuenta enseguida de que el problema no había terminado tampoco. Otro individuo salía de la cabina para hacerse cargo de la ametralladora. Todo aquello estaba sucediendo en un soplo, en un breve parpadeo.

El detective lamentó cien veces en menos de un segundo haberse metido en aquella carretera secundaria; por allí no pasaba nadie que pudiera ayudarle, y la próxima ráfaga ya no la esquivaría, de modo que tuvo que adoptar una resolución extrema. Se lanzó a toda velocidad contra la valla protectora del lado izquierdo.

—¡Sujétate!

Pese al cinturón de seguridad, el cuerpo de la muchacha sufrió un bandazo terrible. El «Cadillac» rompió la valla protectora, la atravesó y fue terraplén abajo, a punto de dar una vuelta de campana. Pero Murray entendía lo suficiente de automóviles para saber dominar un vehículo, incluso en aquellas circunstancias, de modo que ni volcó. Se encontró estabilizado, tras cinco segundos angustiosos, en un campo de terreno duro, donde había unas nivelaciones para obras. Una serie de huecos indicaban ya los sitios donde iban a estar situados los cimientos.

Dio gas y rodó entre los obstáculos, mientras la ametralladora

tableteaba rabiosamente. Los ojos casi turbios de Murray vieron otro terraplén, otra carretera y, un poco más allá, un nuevo parador. En el parador había gente que gritaba.

Sin duda, llamarían a la policía muy pronto, pero eso no le servía porque lo que él necesitaba era una acción inmediata. Todo dependía de sus manos, de sus músculos y de sus nervios. Si perdía éstos, estaba perdido él también.

Atravesó la zona a toda la velocidad que permitía el baqueteado coche, hasta remontar el terraplén como lo hubiera remontado un tanque. El de la ametralladora ya le había enfilado bien, y disparó una ráfaga. Parte de ésta atravesó el techo del vehículo y acarició la cabeza de Elinor.

Un nuevo grito, una nueva maldición.

Ahora era difícil que la ametralladora pudiera precisar el tiro, porque el «Cadillac» cambiaba de posición continuamente, y un arma pesada como aquélla no podía seguirle. Pero por el espejo retrovisor se dio cuenta Murray... ¡de que el «Ford» se salía de la carretera también!

¡Venía por él!

Aquel vehículo que prácticamente era apto para todo terreno hizo en veinte segundos el accidentado trayecto que él había hecho en casi treinta. Murray se lo vio encima cuando él llegaba a la otra carretera.

Y entonces se dio cuenta de que estaba completamente perdido.

Lo que le faltaba...

Otro bólico venía por él. Un tercer coche acababa de surgir de la curva. El cerco era completo.

Y en aquel tercer coche venían cuatro hombres. Tres de ellos ya asomaban sus pistolas por las ventanillas, dispuesto a acribillarle.

Murray no tenía más que una salida y, además, el coche ya se dirigía hacia allí, de modo que se dejó llevar. Entró como hubiera entrado un tanque por la puerta del «*snack-bar*», dirigiéndose a noventa por hora contra la barra.

Había allí tíos que tomaban el primer combinado del día. Había chicas que tomaban el primer tentempié, con los ojos cargados de sueño, después de una noche accidentada. Había dos policías con cara de mala baba. Había un recaudador de contribuciones que estaba levantando un acta de infracción. Había, por fin, un tipo que

estaba intentando cobrar una factura desde la semana pasada.

Y cobró.

Salió despedido hacia el techo, con un par de costillas menos, aunque le hubieran podido pasar cosas mucho peores. El recaudador de contribuciones se lanzó al otro lado de la barra. Los policías sacaron las armas. Las chicas gritaron que les iban a romper las medias.

Nunca Murray había lanzado a tanta gente por los aires, aunque procuraba no rozarla. La barra se rompió por dos sitios. Docenas de botellas se partieron contra el suelo, convirtiendo aquello no en un río de oro, pero sí en un río de *whisky*.

Murray frenó con todas sus fuerzas, al ver que se le venía una pared encima. Los neumáticos chirriaron, la enorme carrocería giró sobre sí misma, y todo el edificio pareció tambalearse. La pared había sido medio derrumbada, y el morro del «Cadillac» acababa de meterse en la habitación que había detrás.

La habitación era muy simple.

—Pero ¿por qué no dejan en paz a las personas decentes? ¿Habrase visto?

Murray giró sobre sí mismo. Miró a través del hueco en la pared, y se dio cuenta entonces... ¡de que el coche que había querido cortarles la retirada también venía lanzado hacia el bar!

¡Entró por las cristaleras rotas!

¡Los hombres que estaban en las ventanillas se dispusieron a disparar!

Pero fue para encontrarse con una sorpresa que de ningún modo habían imaginado. Fue para encontrarse con los dos policías que habían desenfundado ya sus armas. En aquel momento iban a disparar contra Murray, pero se volvieron, al ver entrar al nuevo bólido.

Todos apretaron los gatillos al mismo tiempo. Los dos policías quedaren materialmente aplastados por el coche, quedaron casi pulverizados contra las mesas y la pared, pero el hombre que conducía quedó con la cara completamente destrozada, mientras perdía el control. El coche se bamboleó con un espantoso chirrido. Los otros tres tipos que iban en él salieron por las portezuelas, con la velocidad de perros de caza.

Murray ya les había visto.

En sus labios hubo apenas una leve sonrisa.

La pistola parecía formar parte integrante de sus propios dedos. Ni siquiera pestañeó al disparar. Los tres hombres estaban bailando materialmente ante su punto de mira, y ni uno de ellos se salvó.

El primero inició un extraño «rock» sobre una de las mesas, mientras soltaba una serie de sonidos incoherentes. Ni que de pronto se hubiese transformado en «Er niño der tablao». Acabó estrellándose de cabeza contra el poco espejo que aún quedaba.

El segundo pareció ir a salir por una de las ventanas, pero, de pronto, se detuvo. Hubo una serie de gritos cuando todos vieron, de repente, la sangre que brotaba por una de sus sienes. Alzó los brazos al techo, dio un traspiés, y se estrelló contra la pared.

El último dio la sensación de haberse olvidado algo en el coche. Como si fuera a entrar de nuevo en él, agachó un poco la cabeza e inclinó el cuerpo hacia adelante. De pronto, la sangre saltó a la carrocería. Hubo nuevos gritos cuando todo el mundo se dio cuenta de que aquel hombre tenía la cabeza atravesada de parte a parte.

Por la ventana del dormitorio, Murray vio al «Ford» de la ametralladora que llegaba aullando. Ahora el detective tenía una decisiva ventaja, y era que los otros no podían verle a él. Por lo tanto, disparó dos veces, con un leve fruncimiento de labios.

La primera bala fue para el de la ametralladora, la segunda para el conductor. El «Ford» se estrelló ruidosamente contra la fachada del «snack-bar», derribando un anuncio que decía: «¿Quiere tranquilidad? ¡Beba “Crunch”!».

Murray seguía sin pestañear. Guardó el arma mientras miraba de soslayo a la pareja que había en la habitación.

—Lo siento —dijo—, perdonen las molestias.

CAPÍTULO VI

Robar uno de los coches del *parking* había sido tan sencillo que Murray no había necesitado ni medio minuto para eso. Muchos de ellos tenían incluso puestas las llaves de contacto. Con el viejo «Mustang» de que se había apoderado, salió volando hacia la autopista, aminoró allí la velocidad porque sabía que la vigilancia de tráfico era intensa, y luego se desvió por la primera salida. No estaba lejos de la población de Clayman, pero no se atrevió a ir hasta allí con el coche robado porque entonces podrían localizarle perfectamente. Lo dejó en un parador de la autopista como si fuesen un par de viajeros normales, tomó un refresco con la chica y, en lugar de volver al coche, fueron a pie hacia la parada del autobús suburbano que había más allá de la próxima curva. Nadie se fijó en ellos, pese a que la chica estaba más que buena.

Pasaron de largo por Clayman, se detuvieron, tomaron otro autobús transversal, y al fin regresaron sobre sus huellas para detenerse definitivamente en la población. Era absolutamente imposible, esta vez, que alguien hubiera podido seguirles.

Todo esto hubieron de hacerlo bajo el trueno incesante de las aspas de los helicópteros que vigilaban todas las rutas. La policía había hecho un enorme despliegue de fuerzas, y cada punto estaba controlado meticulosamente, pero los que les estaban persiguiendo imaginaron que habrían ido mucho más allá de Clayman.

Cuando llegaron a la casa, Elinor aún no podía hacerse del todo a la idea de que estaba viva. Murray, en cambio, no parecía demasiado contento del modo como habían ido marchando las cosas.

—Hemos perdido el equipaje —murmuró—. Es una lástima.

—¿Por qué? ¿Porque la policía conocerá ahora exactamente

nuestras medidas?

Murray chascó dos dedos.

—No seas ingenua —susurró—. Ese equipaje era justamente para que lo perdiéramos. Cualquiera que lo encontrase se iba a volver loco.

—¿Por qué?

—Porque ninguna de las medidas de las ropas coincide con las nuestras. Ese truco lo han empleado otras veces. Si alguno de nuestros perseguidores (incluso la propia policía) encuentra la maleta, tendrá una idea completamente distinta de lo que nosotros somos.

* * *

La casa era cómoda, y Murray la conocía bien. Por lo tanto, se la mostró enseguida a Elinor para que se acostumbrara a ella, ya que iban a tener que pasar allí por lo menos una semana.

—Ésta es la cocina. Éste el garaje. Ésta es la sala y el comedor. Éste, un dormitorio que no se utilizará. Este otro el sitio en que dormirás tú, en el primer piso. Y éste el sitio en que dormiré yo, en la planta baja. ¿Qué te parece?

—Realmente, la casa tiene de todo... Televisión, una nevera magnífica, lavaplatos...

—Para mí, hay algo más importante —dijo Murray pensativamente—. Y creo que es una suerte, porque antes no lo tenía.

—¿A qué te refieres?

—Al teléfono. Antes no lo había en la casa, pero lo deben haber puesto hace muy poco. No esperaba que todo estuviera tan bien.

—No sé para qué puedes necesitar el teléfono —musitó ella—. Imagino que querrás guardar un riguroso incógnito y encima no hacer llamadas a nadie, no despertar la curiosidad...

—Sí, eso forma parte de mi trabajo, pero el teléfono no me molesta en absoluto. En un momento de apuro, lo puedo necesitar. Por otra parte, si alguien llama no contesto, pero además, ¿quién cuerno va a llamar?

Y miró a través de la ventana aquel paisaje dulce, tranquilo, sosegado, que tanto le había gustado siempre. El río empezaba a

cubrirse con las sombras de la noche, y el rumor del viento en los árboles que ya apenas se distinguían, daba una extraña sensación de plenitud. Murray pensó que, después de todo, se iba a encontrar bien allí, y que nadie le molestaría.

Sobre todo en cuanto al teléfono. Sí..., ¿quién diablos iba a llamar?

En aquel momento sonó el timbre.

Fue como un solemne tintineo, como un extraño campanillazo que llenó la noche.

* * *

Elinor le miró con expresión confusa, un poco aturdida, igual que si no hubiera entendido absolutamente nada. Mientras el timbre seguía sonando, murmuró:

—Pero ¿no habías dicho que nadie sabía que estabas aquí? ¿Qué has escogido tú mismo el sitio?

—Lo saben dos hombres. Los dos que me contrataron para este cochino trabajo.

Descolgó.

—¿Quién es? —preguntó con una voz que no parecía la suya.

—Lummis.

—Me parece que...

Pero la voz no le dejó continuar. Dijo secamente:

—La furgoneta gris ya se ha situado. No sé si podrá ser hoy.

Y colgó.

Murray se quedó unos instantes mirando el aparato como si fuera un extraño bicho que tuviese entre sus dedos. Luego farfulló:

—Pero ¡qué diablos...!

Elinor le miraba con insistencia. Susurró:

—¿Quién era?

—No sé. Un tipo llamado Lummis.

—¿Lo conoces?

—No creo haber oído ese nombre en mi vida, pero, de todos modos, es igual. Seguro que se han equivocado.

Y se encogió de hombros. Con los teléfonos ya se sabe que pueden ocurrir esas cosas. Un momento después, se había olvidado del incidente.

Sobre todo porque sentía clavados en los suyos los ojos calientes de Elinor.

Ella bisbiseó:

—Has demostrado que sabes defender a una mujer, Murray. Creo que no se equivocaron al elegirte.

—Ellos no sé si se equivocaron, pero yo sí que me equivoqué. Ya verás cómo ninguno de esos que me eligieron viene a mi entierro.

—No pensemos en eso, Murray. No pienses en entierros porque a ti no ha nacido quién te pueda matar. Y yo te estoy muy... muy agradecida.

Sus ojos se habían vuelto ligeramente turbios, su pecho subía y bajaba con cierta ansiedad, en sus facciones brillaba un deseo secreto.

Murray bisbiseó, mientras se acercaba un poco más.

—Bueno, pues si estás agradecida, podrías demostrármelo, ¿no? —susurró.

Ella no se movió. Sus labios estaban entreabiertos. Su respiración quemaba.

Ella dijo quedamente, mientras se pellizcaba uno de sus pulposos labios:

—Vas demasiado aprisa, Murray.

—¿Eso significa que aún no es tiempo?

—Sí.

—Yo también lo pienso —mintió él—. ¿Qué cuerno te habías creído?

Y volvió la espalda.

* * *

Al cabo de media hora se convenció de que iba a ser inútil intentar dormir, y de que no valía la pena empeñarse en eso. Tendría días enteros para estarse en la cama. Por lo tanto, lo mejor sería dar una vuelta y tratar de calmar los nervios.

Fue hacia el lado que daba al río. Era inevitable. Si quería pasear sin que le viesan demasiado, aquél era el lugar ideal, además de ser el más bello. Sacó un cigarrillo, se lo puso entre los labios y anduvo entre las sombras que ya lo llenaban todo, que ya lo confundían, que ya lo dulcificaban todo.

Y entonces vio la furgoneta gris.

Estaba allí, parada junto al río.

Como una premonición.

O como una amenaza.

O quién sabe si como una voz secreta, que le llegaba desde el fondo de otro tiempo.

CAPÍTULO VII

Claro que aquello no tenía la menor importancia, y que era absurdo ocuparse de eso. Hay millones de furgonetas en el mundo, y de entre esos millones, la mayoría son grises, las muy condenadas. Pero no pudo evitar recordar la voz del que había dicho llamarse Lummis: Que estaría la furgoneta, pero que no sabía si esa noche podría ser.

El detective se encogió de hombros.

Bueno, pura casualidad.

Hala, a tomar viento.

Siguió paseando, pero su instinto profesional le hizo pasar muy cerca de la furgoneta y fijarse en ella. Era matrícula de Massachusetts, parecía nueva y estaba vacía. El conductor la había dejado allí para irse a otro sitio; no estaban puestas las llaves de contacto.

Dobló la esquina y regresó a la casa. No podía exponerse a dejar a la muchacha sola demasiado tiempo, aunque daba por descontado que ninguno de sus enemigos sabía ni remotamente que estaba allí. Entró en el edificio y captó la música lejana y pastosa que se filtraba por las paredes:

—¿Todo bien? —preguntó, desde abajo.

—Todo bien, macho —dijo la voz, desde arriba.

* * *

Al día siguiente, y después de los violentos encuentros sostenidos con sus perseguidores, empezaba para Murray una labor completamente distinta, una labor que tenía mucho de rutinaria. Lo

que él estaba haciendo era, sencillamente, una «protección». Se trataba de uno de los trabajos más monótonos y peor pagados que solían darse en su oficio, pues para tener el ojo completamente clavado encima de alguien, no hace falta ser muy listo ni muy tonto. Sin embargo, él cobraba como el mejor detective de los Estados Unidos. ¿Qué más podía pedir?

Claro que había que resolver una serie de pequeños problemas, como por ejemplo la compra de alimentos. ¿Iría él solo al supermercado, dejando a la chica? ¿La haría ir a ella? ¿O harían la compra los dos juntos, aun cuando toda la ciudad se enterara de que la chica estaba allí, y de que él era su profesor? Aun con todos sus inconvenientes, ésta le pareció la solución más correcta.

Por la mañana, sin haberle hablado él nada de la existencia de la furgoneta, se dirigieron al único supermercado que había en Clayman. La gente les miró con cierto recelo porque las parejas no caían bien allí, pero la mayoría de los vecinos conocían un poco a Murray, y sabían que no se metía nunca con nadie. Hicieron sin problemas una serie de compras, que les bastaban para casi toda la semana, y luego volvieron a la casa. Ella indicó:

—No todo va a ser malo en tu trabajo, te lo prometo.

Murray farfulló:

—¿En qué sentido no va a ser malo, nena?

—Sé cocinar.

—¿Y jugar al póquer?

—También.

—Bueno, algo es algo.

—Puede que las horas se nos hagan un poco largas, Murray.

—¿Y qué sugieres tú para que nos parezcan más cortas, nena?

¿Tienes alguna idea, por casualidad?

Ella se sentó en el diván que había enfrente y le miró con insistencia. Había cabalgado una pierna sobre la otra de una forma audaz, casi provocativa. Había en ella algo de niña asustada que teme perderlo todo, y al mismo tiempo, algo de mujer que ya no se acuerda de en qué año dio sus primeros pasos en cuestiones de amor.

—Compréndelo, Murray. Tienes que hacerte cargo.

—¿Hacerme cargo de qué?

—Los hombres me dais asco.

El bajó la cabeza. Claro que lo comprendía perfectamente. Con voz inexpresiva y que quería ser cariñosa, musitó:

—Por supuesto que sí... A mí también me dan asco los hombres, ¿sabes? Mira por dónde, somos igualitos. Hale, vamos, te ayudaré a guardar las cosas.

El día transcurrió sin ninguna novedad, mientras miraban la televisión, comían y jugaban a las cartas un rato. Por los noticiarios hablados se enteraron de que toda la policía de la comarca estaba buscando a los miembros de dos gangs que habían tenido un ajuste de cuentas, un día antes. Se suponía que en la pelea se enfrentaron varios hombres por cada parte, y la alerta general había sido dada.

Murray sonrió, mientras escuchaba aquello. ¿Varios hombres por ambas partes? La policía iba despistada, como siempre, aunque quizá había contribuido a su despiste algún testigo falso enviado por los servicios de seguridad de la Casa Blanca. De todos modos, lo cierto era que nadie parecía imaginar que él tuviera que ver algo con el asunto, y que además se encontrara en la población de Clayman. Las cosas, en ese aspecto, marchaban bien.

Mediante discretas observaciones a través de las; ventanas, Murray se dio cuenta asimismo de que nadie vigilaba la casa. La misión, fuera de los dramáticos momentos iniciales, estaba resultando muy tranquila. Por la tarde se permitieron los dos la audacia de ir juntos a comprar un poco de ropa, para compensar la pérdida de la maleta, aunque lo que había en ésta tampoco les hubiera servido, de todos modos. Regresaron pronto.

Ya había anochecido, y estaban ambos jugando una partida de póquer cuando el teléfono volvió a sonar.

Murray arqueó una ceja.

No podía evitar que aquello le pusiera nervioso. No le había afectado para nada el crepitar de una locomotora y, sin embargo, le afectaba el sonido de un timbre.

—Diga —invitó, disimulando la voz.

Y otra vez la entonación conocida, otra vez las palabras conocidas:

—Soy Lummis.

Murray no contestó.

Lummis. ¿Y qué...?

Estuvo a punto de decirle que se había equivocado, y que se

fuera al infierno, pero en ese caso tal vez el otro le haría preguntas y sería peor. Se limitó a aguardar.

—Ayer no pudo ser —dijo la voz—. La furgoneta estaba, pero no pudo ser.

—Ah...

—Lo siento. De verdad lo siento.

Murray se encogió de hombros. ¿Qué cuernos sentía aquel fulano llamado Lummis? Pero de todos modos, se estuvo callado hasta que la voz dijo:

—La corriente venía rápida.

—¡Ah...!

—Supongo que esta noche podrá ser.

Y la comunicación fue cortada. Murray se quedó mirando el aparato otra vez como si éste fuese un animal raro, que él sostuviera en su mano derecha.

Al fin se volvió a encoger de hombros y colgó también.

—¿Quién era?

—El mismo de la noche anterior —susurró Murray.

—¿Y qué quiere?

—No sé. Hablaba de una furgoneta gris.

—Pues debe ser un transportista. Dile que el precio de la gasolina va a subir, y verás como el tío no vuelve a llamarte.

—No es un transportista —dijo Murray pensativamente.

—¿Y eso qué tiene que ver? De todos modos, no creo que la cosa tenga nada de especial.

—No —dijo Murray—, no debe tenerla.

Y volvió a repartir, pero estaba nervioso. Perdió las dos manos siguientes. Al fin, ella dijo con voz un poco cansada:

—Será mejor que me vaya a dormir. Jugar con alguien que no pone atención no tiene maldita gracia.

—Tienes razón, no estoy para lo que hago.

—Sin embargo, otras veces demuestras que eres un buen jugador de póquer.

—Me he pasado muchas horas dándole al naipe. Demasiadas.

—¿Vigilancias como ésta?

—Sí.

—¿Chicas?

Él contestó con voz ronca:

—Te lo acabo de decir: de todo.

—Está bien, ya veo que no estás hoy para emocionarse una contigo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Ella subió las escaleras hasta su dormitorio, contoneándose provocativamente. Lo hacía sin darse cuenta. Murray la miró con un rictus extraño en los labios.

Buscó el paquete de cigarrillos. Lo tenía junto al teléfono, y no le quedó más remedio que mirarlo. Otra vez el rictus extraño se dibujó en sus labios, mientras murmuraba:

—Bueno, una equivocación inevitable. Este número, al fin y al cabo, lo tuvo antes otra persona. ¿Y qué?

Pero el cigarrillo temblaba entre sus labios, haciendo incluso difícil el encendido. Murray lanzó una maldición, que iba dirigida a sí mismo, mientras se preguntaba por qué demonios un detective tiene que ser tan curioso. «Porque, de lo contrario, ya no sería un detective», se respondió.

Cuidando de cerrar muy bien puertas y ventanas para que no pudiera entrar nadie, abandonó la casa y se dirigió hacia el final de la calle, hacia el río. No necesitó llegar ni siquiera hasta allí para ver que la furgoneta estaba estacionada en el mismo sitio de la noche anterior; pero no «exactamente» en el mismo sitio, sino un par de yardas más allá de una farola que podía servir de referencia. Ello indicaba que se había ido y había vuelto. No estaba allí desde la noche antes.

Murray se la quedó mirando.

No había nadie en las cercanías.

Silencio.

Niebla.

La gente de la tranquila ciudad provinciana ya dormía. Como máximo, a lo largo de todo el término municipal del río habría una o dos parejas de enamorados, contando estrellas. No se distinguía ningún otro coche estacionado, no se distinguía a nadie.

También la furgoneta estaba sin conductor, como la noche antes. Murray se deslizó hasta un lugar donde las sombras eran muy espesas, y donde no le verían a él. La observó sin comprometerse.

Pero no había nada que llamara la atención en aquella furgoneta quieta y muerta como un fósil. En cambio, observó un cierto

movimiento en las aguas del río, un cierto sonido siseante, como si un pez gigantesco se deslizara entre dos corrientes. Todos los músculos de Murray se tensaron, mientras sus ojos parecían dotados de radar para poder ver mejor.

En efecto, captó una sombra negra que salía del río. Pronto pudo darse cuenta de que era un escafandrista, el cual llevaba un equipo completo de respiración y un casco con una lámpara submarina, aunque esa lámpara estaba apagada ahora, cosa muy lógica. Aquel pez humano se movía con un cuidado exquisito, de tal modo que hacía falta estar muy atento para detectar su presencia. El mismo no se hubiera detenido jamás cerca de la furgoneta, de no ser por la llamada telefónica.

Vio además que el individuo llevaba algo entre las manos.

¿Un rifle submarino?

No, no se trataba de eso, sino de un rifle perfectamente normal. Pese a la incierta luz y la relativa distancia, Murray lo reconoció muy bien, pues él era un experto en armas.

«Winchester» calibre 22, con mira telescópica, silenciador y una cosa característica: culata algo más corta que el modelo standard. Una culata que había sido re cortada no para perder peso ni volumen, pues la disminución era mínima, sino por alguna otra razón, que ahora Murray no comprendía.

El submarinista se acercó a la furgoneta, dejó unos instantes el «Winchester» sobre el capó, mientras se quitaba el casco y los «pies de pato», y entonces Murray pudo ver algo mejor las características del arma. Lo que llamaba realmente la atención era aquella culata algo recortada, pero además había otras cosas. Por ejemplo, el arma llevaba un tiempo en el agua, pues estaba llena de adherencias. El cañón parecía algo torcido. Tendrían que revisarla y ajustarle un nuevo punto de mira, si alguien quería disparar con ella otra vez, y no matarse a sí mismo.

¿Para qué diablos habían sacado del agua un cacharro así? ¿Y qué tenía que ver Lummis con eso? ¿Y qué tenía que ver, sobre todo, el hombre que antes se abonó al número de teléfono que él tenía ahora?

Murray escupió de costado. Bueno, todo eso eran bobadas. A él no le importaba en absoluto lo que pasara con el teléfono, pues le quedaban ocho o diez días como máximo de estar en la casa. Para

entonces los hombres del servicio de seguridad ya habrían revisado todos los archivos y se habrían mamado todos los informes, de manera que él podría devolver a la chica y cobrar. Todo lo que ahora pasaba ante sus ojos era un puro accidente sin importancia.

Volvió a la casa. No había andado aún media docena de pasos cuando oyó el ruido de la furgoneta al ponerse en marcha. El hombre que acababa de salir del río la conducía hasta perderla entre las sombras. Pronto se borró todo su rastro, hasta parecer como si jamás hubiera existido.

Murray volvió a la casa.

Y entonces la figura surgió tras él, entonces la silueta le apuntó en silencio con el «Magnum», entonces dos ojos que parecían de color escarlata atravesaron la niebla.

CAPÍTULO VIII

Murray no se hubiera dado cuenta de eso, no hubiera llegado a saber que tenía detrás un «Magnum», provisto de silenciador, de no ser por aquel gato que saltó repentinamente a los pies de su misterioso enemigo, asustado por el brusco movimiento. Murray se volvió instantáneamente de costado, mientras se ladeaba, porque la experiencia le había enseñado que los animales nunca se mueven por capricho, y que cuando lo hacen casi siempre se debe a una presencia humana. Si se llega a entretener una sola décima de segundo en pensar eso, ya no lo cuenta.

La bala no produjo más que un crujido.

Se empotró en la pared, junto a su cabeza, produciendo el mismo sonido que el de un gran moscardón que acabara de tropezar con un ladrillo.

Inmediatamente Murray pareció deshacerse en el aire.

Hundirse en la tierra.

Flotar...

Sí, eso sería lo más exacto. Fletó unas décimas de segundo en el aire mientras se hundía como si hubiera sido alcanzado y desaparecía instantáneamente entre las tinieblas del callejón. Pensando que le había dado, el hombre del «Magnum» se quiso asegurar enviando una nueva bala, un poco más baja.

También se hundió en la pared.

El fulano, desconcertado, miró en torno suyo.

No entendía nada.

Y siguió sin entenderlo.

Cuando aquel pesado cuchillo con mango de plomo se clavó en su cuello, él ni se enteró de que moría. Aquel arma que le habían facilitado con su equipo de combate, la llevaba Murray bien

remetida bajo un calcetín, y sujeta a su pantorrilla derecha. Era un excelente lanzador, incluso en la oscuridad, y esta vez había hecho una tirada maestra. De un solo golpe le seccionó a su enemigo la yugular.

Le vio derrumbarse.

Murray se acercó en silencio y se dio cuenta de que su permanencia en la ciudad iba a ser imposible si la policía, al día siguiente, encontraba un cadáver allí. Después de lo que había pasado en las cercanías, iban a ser sospechosos todos los forasteros, y ¿dónde encontraba él otro refugio seguro? ¿O quién defendía a Elinor, si le detenían para interrogarle, aunque sólo fuese por diez horas?

Por lo tanto, no le quedaba más remedio que hacer desaparecer el «fiambre». Docenas de preguntas se amontonaban en su cráneo, pero lo más urgente era sacarlo de allí. Por lo tanto, se metió el revólver en el bolsillo, sacó el cuchillo, lo limpió en las ropas de muerto, y arrastró éste por los hombros a través de la calle solitaria. Eran una docena de metros hasta la casa, pero jamás una decena de metros se le habían hecho tan interminables y angustiosos a Murray.

Abrió la pequeña cancela del jardín, junto al garaje.

Pasó.

Luego sacó de allí una larga manguera que estaba conectada a una tubería y que servía para lavar coches. Dio la máxima presión y lanzó agua sobre la acera y la pared, llegando hasta el sitio en que su enemigo había sido abatido. Como la sangre estaba aún muy fresca, se disolvió en el agua y desapareció. De todos modos, Murray permaneció en aquel trabajo cinco largos minutos, para asegurarse.

Todo aquello pasaba en la calle más solitaria y más tranquila de la ciudad, en un recodo donde sólo por casualidad podía verle alguien. Murray, de una forma u otra, sudaba como un condenado cuando pudo recoger la manguera y cerrar la puerta.

Era más que posible que nadie se diera cuenta, pocas horas después, de que allí se había producido una muerte, pero ¿qué diablos hacía con el cadáver? ¿Comérselo? ¿Meterlo en la nevera? ¿Avisar a Floydman para que los servicios especiales de seguridad lo hicieran desaparecer?

Eso último quizá era lo más imposible de todo. Murray sabía bien que la consigna número mío de su trabajo era ésta: «No fastidies al cliente». Cualquier llamada podía delatar el sitio donde estaba. Por otra parte, no podía pedir a las autoridades que hicieran desaparecer un «fiambre», como si en la Casa Blanca hubiese un horno crematorio para casos así.

Chascó dos dedos y resolvió enterrar al muerto. Al fin y al cabo, la casa tenía una pequeña porción de jardín, y en el garaje habla herramientas. Con toda tranquilidad, trabajando en las tinieblas, hizo un hoyo y sepultó el cadáver. Al terminar, sudaba copiosamente y le dolían los músculos, pues había hecho un hoyo a conciencia. Por otra parte, también sentía fatiga nerviosa, y ésta es una de las peores fatigas que existen.

Se lavó en el propio garaje y entró.

Elinor seguía oyendo la televisión. Las últimas noticias hablaban de Oriente Medio, de Portugal, de la ONU... De las menudencias de una ciudad perdida en Massachusetts no se decía nada. Ni de la gente que la palmaba en las ciudades perdidas de Massachusetts.

Y se fue a su cama, queriendo olvidar todo aquello.

Pero maldito si el muy buitre pudo ni siquiera cerrar los ojos en toda aquella interminable noche.

CAPÍTULO IX

Por la mañana, sin embargo, tenía buen aspecto. Nadie hubiera podido imaginar que su cerebro había estado dando vueltas como una noria, mientras los ojos miraban horas y horas al techo.

De todos modos, la muchacha notó algo. Mientras le servía el desayuno que acababa de preparar, Elinor dijo:

—Parece que no has dormido demasiado bien, detective. ¿Qué pasa?

—No, nada. Quizá es el estar encerrado tantas horas.

—Pues ayer saliste más que nunca.

—Di una vuelta por la ciudad porque quería observar.

—¿Y lo que observaste tiene algo que ver con la cara de preocupación que pones ahora?

Murray se dio cuenta de que aquella mujer, pese a su juventud, era muy observadora, e iba a ser inútil engañarla. Entre sorbo y sorbo de café, le explicó todo lo que había visto la noche anterior.

Ella le escuchó en silencio, mientras durante algunos segundos sus facciones se tensaban. Al fin musitó:

—Bueno... No es tan dramático, después de todo. La persona que antes tenía este número de teléfono había organizado un plan con alguien para sacar un material del fondo del río. Esa persona olvidó decir que había cambiado de número, y sus amigos te están llamando a ti. Como debía ser una cosa muy bien planeada, no necesitan darte grandes explicaciones:

—Hasta aquí es cierto —murmuró él—, y si se tratara de sacar del río una motocicleta oxidada, a mí no me importaría. Pero es que se trata de algo muy distinto.

—Tampoco veo que un rifle calibre 22 sea algo muy distinto —dijo ella—. Si quieres, puedo encargar uno por correo, dentro de

diez minutos.

—Es que ese rifle era especial.

—¿Por qué? ¿Por lo de la culata?

—He estado dándole vueltas a «esto» —dijo Murray, señalándose la cabeza—. No es que me sirva de gran cosa, pero de vez en cuando aún tiene recuerdos, y esos recuerdos me traen un solo nombre.

—¿Cuál?

—Parker.

—Para mí eso no significa nada. ¿No es una marca de estilográficas?

—Digamos más bien que es un apellido. Y un pájaro que llevaba ese apellido cometió tres asesinatos el año pasado y no pudieron atraparle. He estado intentando recordar, recordar y recordar... Dos cosas se me han quedado grabadas en el cerebro, después de toda la noche. La primera, que Parker desapareció precisamente en la zona en que nos encontramos ahora. La segunda, que siempre empleaba un rifle con la culata algo más corta, es decir, arreglada, para compensar en parte su defecto físico.

—¿Qué defecto físico?

—Tener un hombro algo más adelantado que el otro. Es decir, el hombro derecho de Parker no estaba en línea con el izquierdo, y un rifle con la culata normal resultaba desequilibrado para él. O tenía que ladearse mucho o no podía apuntar en las mismas condiciones que las Otras personas. Eso lo resolvió fácilmente usando un arma que tenía la culata ligeramente recortada y moldeada. Me juego la cabeza a que es la misma que estaba en el fondo del río.

La muchacha había palidecido ligeramente. Balbució:

—Pero ¿es que crees que el cadáver de Parker está también allí abajo?

—Nada más fácil. Si desapareció en esta zona, es más que posible que se hundiera en las aguas del río con su maldito rifle, y que alguien lo sepa. Por lo pronto, pueden saberlo los mismos que lo liquidaron en un ajuste de cuentas. Y el cadáver no le interesa, porque los peces habrán dejado poco menos que los huesos, pero el rifle les ha interesado, de pronto. Arreglado por una persona experta, puede volver a disparar perfectamente, dentro de un día o dos.

—Pero ¿qué se consigue con eso? ¿Qué necesidad tienen de tanto lío, cuando se puede comprar en la esquina un rifle nuevo?

—Elinor, por todos los demonios... Un rifle nuevo puede ser controlado por la policía en menos de diez minutos.

—¿Y ése no? Nada menos que el rifle de un asesino...

—Precisamente. En cuanto hallen las balas en el cadáver al que van a ir destinadas, los expertos buscarán inmediatamente saber qué rifle las ha disparado, y al cabo de media hora habrán averiguado que fue el de Parker. Entonces se darán cuenta de que Parker, al que daban por desaparecido, está vivo y coleando, y encima ha cometido un asesinato más. Todas las fuerzas policíacas del país se concentrarán equivocadamente en la caza de un tipo al que ya no se puede cazar porque está muerto. ¿Entiendes? ¡«Está muerto»!

Elinor empezaba a comprender. Sus labios temblaron un instante, mientras farfullaba:

—Y los asesinos quedarán absolutamente impunes, ¿no es eso lo que quieres decir? Será algo así como el crimen perfecto.

Murray se puso un cigarrillo en los labios, tras el último sorbo de café.

—Claro que será el crimen perfecto. ¿Y sabes quién lo organiza? ¿Sabes quién es el jefe, el cerebro del plan? ¡Pues el fulano que antes tenía este número de teléfono!

Señaló el aparato como si éste fuera testigo de algo, pese a que el aparato era nuevo. Luego, encendió el cigarrillo con expresión obstinada, hundido en sus pensamientos.

—No debe preocuparte —susurró ella con ese sentido común medio egoísta que siempre tienen las mujeres—. No es asunto tuyo. Maten al que maten, ¿a ti qué te importa? Si empiezas a exhibirte por ahí, pueden dar con nuestra pista otra vez.

—Me temo que ya lo han hecho —murmuró Murray.

—¿Qué dices...?

—Hay algo que tú no sabes. Tenemos un huésped en el jardín.

Y le explicó la historia de los dos balazos que le habían dedicado la noche anterior. La muchacha, que también se había preparado una taza de café, tuvo que dejarla porque le temblaba la mano.

—¿Eso quiere decir...? —farfulló.

—Sí. Nada tiene que ver lo de Parker y lo de su maldito rifle con

los tipos que te persiguen a ti, pero éstos han debido cribar la zona paso a paso. No es fácil dar con nosotros, pero tampoco es imposible, si se tienen hombre y método. Y ahora nos tienen tan cercados como en un ratonera.

La muchacha había vuelto a palidecer. Mientras sus manos sujetaban con fuerza el borde de la mesa, balbució:

—Entonces estamos perdidos. Hemos de huir de aquí...

—Si huimos será peor. Al fin y al cabo, aquí estamos relativamente seguros.

—¿Segures en qué sentido? ¡Nos pueden liquidar en cualquier momento!

—¿Cómo? ¿Asaltando la casa? No pueden hacerlo en una población donde hay un jefe de policía y unos cuantos agentes, dispuestos a imponer la ley. Nos liquidarán en cuanto salgamos, pero ni tú ni yo vamos a cometer esa imprudencia. Especialmente tú.

—Pero hay que salir, aunque sea para comprar, hay que...

—Haremos los encargos por teléfono al supermercado, Elinor. No pienses más en eso. ¿Para qué diablos tenemos el teléfono? Además, ese cacharro nos ha sido muy útil. Sin él, nunca hubiera llegado a saber lo cerca que tenemos a los pájaros que nos persiguen.

* * *

Necesitaban unas cuantas provisiones, y Murray hizo un encargo por teléfono al supermercado. Se lo sirvieron apenas media hora más tarde.

Cuando sonó el timbre de la puerta, en la planta baja, la muchacha tuvo un brusco sobresalto. Gimió:

—Ya están aquí...

—Pero ¿qué te pasa, Elinor? Te has puesto muy nerviosa.

—En vez de los del supermercado, pueden ser los... los...

El hizo crujir sus nudillos.

Y fue a la puerta porque el campanillazo había vuelto a sonar. Con la pistola situada en la mano izquierda, detrás del cuerpo, abrió con la derecha. Una décima de segundo le hubiese bastado para hacer fuego, si las cosas se hubieran puesto mal.

Pero el que traía el encargo era realmente un chico de recados, de unos quince años. Quedó paralizado al ver la cara pétrea del detective.

—¿Señor Murray? —musitó.

—Sí.

—Del supermercado. Del... del super... mercado.

—Por favor, entra y déjalo ahí.

Mientras el chico entraba, Murray vigiló la calle. No intentó nadie colarse tras el recadero. Pagó, dio una buena propina, y volvió a cerrar.

—No han sabido aprovechar la oportunidad —dijo—, o tal vez han pensado que teníamos provisiones para varios días, y no íbamos a hacer ningún pedido. De todos modos, ya ves que no son tan listos como tú temías. No ha pasado nada.

Ella suspiró con alivio. Fue a acercarse a una de las ventanas.

—¡No lo hagas!

—Pero es que...

—Pueden disparar desde fuera con mira telescópica, Elinor. No puedes acercarte a ninguna ventana mientras estemos aquí.

—Pues sí que me voy a aburrir...

—Hay diversos modos de pasar el rato —dijo, riendo, él.

Y salió al pequeño patio. No quiso mirarla. Solamente captó a su espalda la respiración agitada de la mujer, que llegaba hasta él desde todos los rincones, desde todas las penumbras de la casa.

* * *

El patio tenía una pared bastante alta y, por lo tanto, no podían dispararle desde fuera. Siempre con la pistola a punto, sin embargo, se acercó a la tumba que había improvisado la noche anterior.

Ahora que era de día y podía verlo todo bien, comprobó que la fosa necesitaba un buen disimulo. Tomó hojas secas, las distribuyó con cierta gracia, y confió en que el tiempo disimularía todos los relieves del terreno. Luego se puso a vigilar con la mayor atención, aprovechando una pequeña grieta que había en la pared, y que permitía controlar el movimiento de la calle.

No captó nada que le llamara la atención, y eso que permaneció allí sin comer hasta que se hizo otra vez de noche. Entonces regresó

al interior de la casa, donde la muchacha había preparado una excelente cena. Destaparon una botella de vino de California y trataron de estar de buen humor, pese a que en las facciones de Elinor flotaban las sombras del miedo y de la sospecha.

Jugaban al póquer antes de acostarse, y Murray estaba a punto de ligar una escalera de color, cuando el teléfono sonó otra vez.

Elinor palideció bruscamente.

—¡No contestes! —balbució—. ¡No contestes de ninguna manera!

Pero él sabía que eso iba a ser peor, porque entonces quizá alguien se presentaría en la casa. Además, también cabía la posibilidad de que fuese Floydman, quien al fin y al cabo sabía en la ciudad en que estaba.

Descolgó.

La misma voz de las noches anteriores dijo, sin esperar:

—Soy Lummis.

—¿Y qué?

—Todo ha ido bien.

—Ah, vaya...

Murray intentaba improvisar una voz neutra, una voz que podía pertenecer a cualquiera, pero, por lo visto, su interlocutor no se fijaba en eso porque debía estar muy seguro de no equivocarse. Al cabo de unos instantes, murmuró:

—Ya tenemos el instrumento.

Murray sabía ya a qué se refería. Musitó:

—¿Salió bien del río?

—Hay que repasarlo.

—Lo suponía.

—No hay problema. Upper lo hará muy bien y además ya está trabajando en eso. Puedo asegurar que dentro de una hora lo hará funcionar de nuevo, y eso nos permitirá adelantar los planes.

—Ah, sí, los planes.

—Estás muy poco hablador, Hayes.

Murray se enteró entonces de que «él» se llamaba Hayes. Con la misma voz impersonal, replicó:

—Es una tontería dar demasiadas explicaciones por teléfono.

—Cierto... Sólo quería decir que esta noche podremos hacerlo. El estará a las once detrás de la estación de autobuses de Higram.

Resultará muy fácil.

Y enseguida la voz añadió:

—Cuando lo descubran sus amigos, tendrán una buena sorpresa.

Sonó una risita.

Fue apenas un murmullo lejano.

Y enseguida colgaron al otro lado.

Murray colgó también. En sus ojos había una chispita de duda.

Volvió a marcar a su vez. Los dientes rechinaron levemente cuando una voz femenina contestó al otro lado del cable.

CAPÍTULO X

—Información telefónica, dígame —murmuró aquella voz femenina.

—Me llamo Patton —dijo él, mintiendo—, y tengo alquilada esta casa con teléfono. Pero por lo visto lo han cambiado hace poco, ¿verdad?

—¿Qué número tiene?

—El 2.

80 956 AZ

—Ese teléfono es de nueva instalación, señor.

—Ya lo sé, ya lo sé... La casa, antes, no lo tenía. Pero supongo que el número no es nuevo, y que correspondía a alguien, ¿verdad?

—Un momento, señor.

Y al cabo de unos instantes le informaron dándole el nombre que él ya sabía:

—Antes perteneció al señor Hayes. Se lo cambiamos.

—¿Y usted sabe qué dirección tiene ahora el señor Hayes? Es que, por lo visto, no ha avisado apenas a nadie de su cambio de teléfono, y me están dando bastantes recados para él, algunos de los cuales parecen importantes. Me gustaría que usted me diera su número actual o, mejor aún, su dirección, para poder avisarle.

—No hay problema, señor... ¿Cómo ha dicho usted que se llama?

—Patton.

La chica debió anotar el nombre porque más tarde tendría que informar seguramente de la llamada. Luego indicó:

—El señor Hayes vive en el número 8 de Gringer Bulevar. Su teléfono con el nuevo número es el 247OKI97 AB.

—Gracias.

Y Murray colgó.

Luego, marcó el número que acababan de indicarle. No sabía muy bien qué era lo que iba a decir, pero al menos sabría la clase de voz que tenía el tal señor Hayes.

El timbre sonó insistentemente al otro lado del cable.

Una vez y otra.

Pero nada.

Murray chascó los dedos y colgó. El tal Hayes no debía estar en casa. Fue a la cocina y se sirvió dos dedos de *whisky*.

Notaba que el clímax de sus nervios iba subiendo y subiendo, hasta hacérsele insoportable. Su instinto y su experiencia le decían que aquél no era un asunto suyo, y que no debía meterse en él. Bastante trabajo tenía con los enemigos de Elinor, que ya habían dado con su pista, y que sin duda atacarían de un momento a otro. Pero al mismo tiempo no podía evitar sentir una especie de chispa que saltaba y saltaba, hasta devorarlo por dentro.

«Necesitaba» saber algo del crimen, «necesitaba» saber a quién iban a matar. Ya que la casualidad le había puesto en la pista de uno de los asesinatos mejor preparados de la historia de aquel estado, no podía permanecer indiferente, y esperar a los acontecimientos. Quería saber quién estaría aquella noche detrás de la estación de autobuses de Higram. Quería saber por qué iban a matarlo.

Andaba como una fiera enjaulada. Quizá nunca se habían encontrado tan en lucha su inteligencia, que le aconsejaba no intervenir, y su espíritu de investigador, que le impulsaba a llegar hasta el fondo de aquel maldito asunto. Mientras tanto, las manecillas del reloj iban corriendo, pero él no se daba cuenta.

* * *

La marcha de Murray era más bien una huida, porque le estaba ocurriendo algo que no hubiera querido confesar: la muchacha le atraía terriblemente. Le había hecho hervir la sangre de tal modo que temió cometer una insensatez, si se quedaba allí con ella. Y empujarla en aquel sentido a algo que ella no quisiera hacer, era una cosa que le aterraba, una cosa que él no haría jamás.

Por eso huía, sin darse cuenta de que estaba sustituyendo una

insensatez por otra. Dejar sola a la chica era la equivocación más grande que podía cometer, aunque daba por descontado que ella no haría ninguna imprudencia ni abriría la puerta.

Salió a la calle principal.

Las luces de neón parpadeaban aún por todas partes. Daba incluso la sensación de que Clayman era una gran ciudad.

Murray ya había doblado la esquina.

Un poco más allá estaba la estación de autobuses. El conocía su emplazamiento. Lugar animado durante el día, aquello era una especie de cementerio por la noche, cuando ya no se esperaba ninguna llegada más. Un par de luces macilentas alumbraban los autobuses de la Greyhound, que recorrían el país de un lado a otro. En el hotel contiguo debía haber algún cliente borracho, porque se oía una canción en sordina.

Murray miró la esfera de su reloj: las once y cuatro minutos. Por lo tanto, lo que tuviera que pasar «ya había pasado».

Maldijo cien veces el instinto que le había llevado hacia allí, pero ya no pudo evitarlo. Se dirigió hacia la parte posterior del local, mientras una fuerte excitación le dominaba. Él no se daba cuenta, pero su respiración se había vuelto anhelante.

Se movió entre las sombras.

Y de pronto, aquella navaja se le clavó casi en la garganta. Unos ojos saltones rasgaron las sombras. Un aliento pestífero le vino a la cara.

—¡Pronto! ¡Dame la «guita» o te rajo!

Era un ladronzuelo de mala muerte, pero éstos suelen ser los más peligrosos. La punta de acero ya se hundía en la garganta de Murray.

Murray pasó rápidamente a la acción. Lo primero que hizo fue llevar la derecha a la cartera, pero cuando la tenía a aquella altura, la alzó aún más, en cuestión de medio segundo.

El otro no se dio cuenta de nada.

De pronto, la punta de la navaja dejó de estar apoyada en su garganta. De pronto, sintió en la entrepierna un dolor tan agudo que le llegó hasta la base del cráneo. De pronto, dio un terrible salto hacia arriba, mientras gritaba con todas sus fuerzas:

—¡AUUUUUUGGGGGGGG!

Después del rodillazo, Murray aún le ayudó un poquito con un

salvaje punterazo al vientre. Si a aquel tipo no le llevaban a la sala de urgencias antes de dos minutos, moriría reventado. Le vio dar vueltas sobre el asfalto, detrás de la estación, mientras los aullidos se transformaban en un estertor agónico.

Enseguida se oyeron dos silbatos. Unas sombras anchas aparecieron en la zona mejor iluminada, mientras a las paredes llegaba el haz de luz amarilla de un patrullero.

—¡Está allí!

—¡Y es Charlie!

—¡Está vez ha encontrado la horma de su zapato!

Charlie debía ser el navajero, y la horma del zapato seguro que era Murray, pero éste no estaba dispuesto a dar explicaciones ahora. Corrió con toda la velocidad de sus piernas, dándose cuenta de que no lo habían visto aún.

Los policías sólo estaban atentos a Charlie, al que sin duda venían persiguiendo desde algún tiempo atrás. Corrieron sobre el asfalto, mientras los discos de luz de sus linternas rasgaban las tinieblas. Y fue eso lo que les permitió ver el otro bulto que se encontraba tendido unos pasos más allá.

—¡Mira, hay un tío tendido!

—¿Un borracho?

—¡Qué borrachos ni qué porras! ¡Está muerto!

—¡Mira tú a ver, mientras sujeto a este pájaro!

El tal Charlie todavía aullaba mientras le metían puntapiés por todas partes menos por una, que era la boca. El otro policía corrió hacia la parte posterior de la estación, mientras hacía sonar su silbato de nuevo.

Murray se dio cuenta de que, por pura casualidad —por el asalto del navajero— no era él quien había descubierto el cadáver. Y ahora comprendió que el crimen que le anunciaron se había cometido, que había tenido éxito, sin que él hiciera por evitarlo. Ahora se daba cuenta de que, por primera vez en su existencia, le habían informado del próximo fin de un hombre, sin que él hiciera nada por ayudarlo.

Se apoyó en una de las paredes, jadeando, mientras a lo lejos se oían otras voces. Intentó disculparse diciendo que sí, que había hecho todo lo posible, pese a tener otra misión que cumplir, y que si había llegado unos minutos tarde había sido por la inesperada

aparición de Elinor. Porque ella le había hecho perder aquellos minutos decisivos. De lo contrario, tal vez hubiera podido evitar aquel crimen, tal vez hubiera podido hacer que...

La voz resonó a unos veinte pasos.

—¡Está muerto!

—¿Qué tiene?

—¡Yo diría que es una bala de rifle!

—¡Asegúrate! ¡Si no está muerto, habrá que avisar a la ambulancia! ¡No lo muevas de como está, pero auscúltalo!

—Bien, Fred.

Fred debía ser el cabo, el que sujetaba a Charlie, y el otro debía ser el agente raso. Se oyeron unos pasos. Murray pensó: «Con una bala del 22 tiene que estar muerto. No sé para qué cuerno lo mira...».

De pronto, la explosión le hizo casi saltar al aire.

Debía ser una carga de plástico. Se escuchó en media ciudad. Los ojos de Murray parecieron saltar por un momento de las órbitas, mientras creías que vacilaba la pared en que se estaba apoyando.

Y de pronto, la voz del cabo:

—¡Tom! ¡Dios mío! ¡Tom! ¡Toooooom!

Los ojos de Murray siguieron desencajados. Tenía que ser el agente el que acababa de saltar, convertido en pedazos. Por unos momentos, vaciló sin saber bien qué hacer, pero al ver que otras personas se acercaban, se acercó él también.

El espectáculo que vio fue dantesco.

El muerto había desaparecido, a causa de la carga que sin duda estalló en su pecho, a la altura del corazón, pero también había desaparecido la cabeza del agente que precisamente se apoyó en aquel corazón para tratar de captar algún latido. En aquel lugar no había más que pedacitos de uniforme azul y sangre, que había saltado hasta las paredes próximas.

El cabo parecía fuera de sí. Había amanillado al navajero, pero casi enseguida se olvidó de él. Con voz desgarrada, como si hubiera perdido los nervios y al mismo tiempo quisiera disculparse de algo, barbotó:

—Simplemente él le estaba auscultando cuando eso ocurrió... ¡Dios santo! ¡Es imposible! ¡Le saltó la cabeza! ¡Le saltó la cabezaaaaaa...!

—¿Quiere decir que la explosión se produjo cuando el agente apoyó el oído sobre el pecho del muerto? —preguntó Murray, con voz helada.

—E... exactamente así... ¡Así se produjo!

—Pues entonces al muerto le habían colocado bajo las ropas una carga de plástico con un fulminante a presión —dijo él, mientras se le secaba la boca—. Basta, a veces, un roce para que esos fulminantes funcionen... La carga no debía ser demasiado potente, pero le sobraba fuerza para hacer saltar la cabeza de un hombre, situada a tan poca distancia. Por todos los infiernos... Esto es... Es...

Iba a decir «monstruoso», pero se lo calló. No hacían falta las palabras. Como un borracho se alejó de allí lentamente, sin que nadie le prestara atención, sin que nadie tratara de detenerle.

Recordaba las palabras que había oído por teléfono: «Tendrán una sorpresa cuando lo descubran». Debía ser una trampa mortífera para un ajuste de cuentas. Se liquidaba a un fulano en un sitio donde iba a reunirse con otros, algo más tarde: por ejemplo, se le liquidaba a las once, si la reunión era a las once y cinco. Cuando sus amigos llegaran y le vieran tendido en el suelo, lo primero que harían sería auscultarle el corazón para comprobar si de veras estaba muerto. Y entonces...

En fin un ajuste de cuentas digno del más desalmado gang. Pero Murray sabía demasiado bien qué clase de mala baba había en según qué clase de venganza, de modo que no se asombró. Lo que había ocurrido, casi tenía que considerarlo lógico.

Volvió a perderse entre las sombras. La cabeza le daba vueltas.

—Podía haberme quedado con Elinor... —pensó.

Y se dio cuenta de que acababa de unir dos dedos de la mano derecha. Mientras lanzaba una especie de golpe al aire, masculló:

—¡Voy a tener los dedos separados hasta para dormir, puñeta...!

CAPÍTULO XI

A la mañana siguiente, sobre las nueve, alguien llamó a la puerta. Murray, que ya se había levantado y escuchaba el boletín de noticias de la radio, preguntó:

—¿Quién es?

—Del supermercado, señor.

El detective tragó saliva.

Bueno, ya estaba. Empleaban el truco que él había imaginado, pero lo empleaban bastante mal. Lo lógico era que hubiesen esperado a que él hiciese algún encargo, no cometiendo la tontería de presentarse allí, cuando él no había encargado nada.

Apretó los labios.

Peor para ellos.

Con la

«P-33

» dispuesta, abrió la puerta e hizo saltar al tío que estaba detrás, clavándole el cañón en un ojo. La segunda fase consistió en sujetarle por la nuca y hacerle entrar. Menos de dos segundos después de haberse abierto la puerta, un hombre estaba tendido en el suelo de la habitación, jadeante, hecho un asco y con la sensación de que iba a tener que poner un anuncio en los periódicos para encontrar el ojo que por poco acaban de saltarle.

Pero si el fulano estaba hecho una coca, también quedó hecho una coca el que le acababa de hacer entrar allí. Murray le miró con asombro, mientras por unos segundos pensaba que hubiera sido mejor que se lo tragase la tierra.

—¡Por todos los diablos! —barbotó—. ¡Floydman!

Floydman se palpó los párpados para convencerse de que, a pesar de todo, aún tenía el ojo en su sitio, mientras barbotaba:

—¡Pero qué bestia!

—No tenías que haber empleado esa mentira, Floydman.

—No quería dar mi nombre por si alguien lo oía. Creí que abrirías normalmente.

—No había encargado nada en el supermercado.

—¿Y pensabas qué...?

—Sí. Pensaba que era una cochina trampa.

El teniente de la Metropolitana se puso a duras penas en pie. Mientras respiraba fatigosamente dijo:

—Bueno, al menos veo que sigues en forma.

—No puedo fiarme ni un pelo —gruñó Murray—. Espera, te daré un poco de licor del que he comprado con los des mil del ala. Es bueno.

Y le tendió la botella de escocés legítimo. El policía meneó un poco la cabeza, mientras decía con voz ahogada:

—Después del golpe que me has atizado, no voy a poder beber nada en dos semanas, maldito.

—Es igual, hombre. Prueba...

El otro probó, y dejó teñida la pared frontera a causa de la fuerza con que el *whisky* salió despedido de su boca.

Murray se encogió de hombros.

—Es verdad. Quizá te he atizado demasiado fuerte...

—Murray, yo he venido a... a... Bueno, tienes que volver a Nueva York, aunque sólo sea por unas horas.

—¿Volver a Nueva York? ¿Y dejar a Elinor aquí sola? ¿Estás loco? Además, ¿para qué cuerno hace falta que vuelva?

—Van a saber que el personaje que ocupa tu despacho es un doble, si no te exhibes un poco por tus sitios habituales. Y si no le das un vistazo a la muchacha a quien tú llamabas «la chica de la limpieza», sí... A otro perro con ese hueso. Bueno, pues quiero decir que... que si ella empieza a extrañarse, si visita tu despacho y se encuentra con el otro, sabrá que no eres tú, porque ella sí que se dará cuenta. Y entonces se puede armar la gorda.

Murray le miró de soslayo, sin decir una palabra. El teniente continuó:

—En este maldito asunto me han metido a mí igual que a ti, ¿comprendes? Un servicio especial hecho al país, y al cual uno no puede negarse. Pero todos pensábamos que al cabo de un par de

días, tendríamos alguna pista sólida, y sin embargo, no la tenemos aún. Esto puede durar semanas, y en consecuencia, hay que alargar un poco la táctica. Quiero decir que se necesita que, de vez en cuando, te vean realmente por Nueva York, y en especial, que le digas a esa chica que no vaya a tu despacho para nada.

—Me parece que todo eso sobra, Floydman.

—¿Por qué?

—Los que quieren matar a Elinor ya saben que estoy aquí. Han hecho un cálculo de probabilidades sobre un mapa de la zona, y han acertado de lleno. Me tienen sitiado en esta casa.

Y explicó al teniente todo lo que había ocurrido, sin omitir los detalles del teléfono que antes tenía Hayes. Floydman le escuchó con atención, parpadeando de vez en cuando, dando a intervalos la sensación de que no acababa de entenderle.

Al fin, musitó:

—¿Estás seguro de que te tienen localizado?

—¡Pues claro que sí! ¿No te estoy contando la de veces que han tratado de matarme?

—¿No podría ser eso debido a la cuestión del teléfono de Hayes? ¿No cabe la posibilidad de que te confundan, pero no sean realmente nuestros enemigos quienes te están atacando?

Murray negó con la cabeza, aunque realmente no podía negar que, en cierto modo, cabía la posibilidad que Floydman estaba esgrimiendo.

—No voy a discutírtelo de una manera tajante —dijo—, pero creo que efectivamente me tienen localizado, y que voy a cometer una tontería al ir allí.

—Tu viaje nos lo probaría.

—¿En qué sentido nos lo iba a probar?

—Si intentan atacarte en el camino, es que te tienen localizado realmente.

—¿Y si me matan?

—Tal día hará un año.

—Pues sí que es un consuelo —dijo roncamente Murray.

—A ver si me entiendes, de una condenada vez... Los que tratan de acabar con Elinor saben que tienen que matarte a ti para matarla a ella, pero puede que ni siquiera piensen que te has movido de Nueva York. Quizá están buscando a Elinor en el estado de Arizona,

al otro lado del país, y todo esto que ha ocurrido aquí es fruto de la maldita casualidad del cambio de teléfono. Pero si no vuelves unas horas a Nueva York, bastantes personas sospecharán lo que ocurre. Ya te he dicho que tu antigua amiga es una de las personas que más miedo me dan.

—¿Y quién se ocupará de Elinor?

—Yo.

—¿Tú?

—Es sólo cuestión de horas. Y tengo a dos tiradores de categoría instalando una antena de televisión en la casa frontera. Van a pasarse allí todo el día, y si alguien intenta meterse aquí por la fuerza... ¡zas! No necesito decirte que se ocultarán en el mismo sitio durante la noche.

Murray se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Por lo que veo, las cosas se alargan, ¿eh? Pensabais que esto iba a durar solo dos días, y se va a complicar bastante más.

—Es muy posible, Murray. Las investigaciones en los ficheros no dan todavía el resultado que queremos.

—De acuerdo, no puedo negarme a obedecer. Me descolgaré por Nueva York, unas horas.

—Tienes un coche estacionado frente al Ayuntamiento, muchacho. Es un «De Soto» color verde. Aquí están las llaves.

Murray hizo un gesto afirmativo, y salió. Su despedida de Elinor consistió en decirle que el teniente Floydman, de la Metropolitana, interinamente adscrito a los servicios de seguridad de la Casa Blanca, iba a hacerse cargo de su protección durante veinticuatro o quizá treinta y seis horas. Por fin, fue en busca de su coche.

Era un magnífico cohete, con el que podría llegar a Nueva York en solamente unas horas. Confió en que Floydman no hubiera sido seguido por nadie (porque en caso de seguirle, sí que le hubieran localizado a él), y se puso al volante. Poco después de las cuatro de la tarde hacía su entrada «triumfal» en Nueva York: un camión de la basura volcó encima de su coche, estuvo a punto de arrollar a un borracho, y se encontró con una manifestación con tíos que gritaban «Heil Hitler», y lanzaban piedras a todos los vehículos que pasaban. En fin, que todo resultó fantástico.

Lo primero que hizo, después de dejar el coche en un *parking*, fue dirigirse a su despacho, en el Nueva York bajo. Sé aseguró de

que no había nadie en la pequeña antesala, porque el que estuviera allí se quedaría helado al ver entrar a un tío igual que el que estaba en el despacho. Pero él tenía tan pocos clientes, que no había nadie, de modo que se coló dentro.

Su doble estaba allí.

Tenía las patas sobre la mesa.

Leía una última edición del Los Ángeles Times. Sobre la mesa había apiladas una serie de revistas, lo cual indicaba que el tío se pasaba allí horas y horas, sin hacer nada. Al ver entrar a Murray, se puso bruscamente en pie.

—Pero ¿qué diablos...? —murmuró.

Murray también situó las patas sobre la mesa, mientras decía suavemente:

—Hola, chato.

—¿A qué ha venido, señor Murray?

—No podía estar demasiado tiempo sin hacer acto de presencia por los lugares de mala vida que frecuento habitualmente. La gente se hubiera extrañado. Usted no se ha movido de aquí, ¿verdad?

—No, señor Murray. No puedo ir a uno de esos bares que usted frecuenta, sin saber qué clase de amigos tiene allí, ¿entiende? Me preguntarían mil cosas que usted sabe, pero de las que yo no tengo ni idea.

—Claro, por supuesto. ¿Y Susy?

—¿Quién es Susy?

—La chica de la limpieza.

—¿Llama «chica de la limpieza» a aquel bombonazo?

—Bueno, alguna excusa tenía que buscarme, ¿no? Pero ¿cómo dice que es un bombonazo? ¿Es que ha venido?

—Se presentó aquí, ayer por la mañana. Yo tenía la consigna de que, apenas entrase, debía largarme fingiendo un recado urgente fuera, y así ella no se fijaría demasiado en mí. Pero la tía se presentó. Yo me hice el sueco y para no alarmarla le dije que iría a visitarla.

Murray asintió pensativamente.

—De acuerdo, iré a hacerle una visita —dijo.

—¿Cree que se daría cuenta de algo? —murmuró el doble, con expresión recelosa.

—Oh, no... Ella es bastante adelantada físicamente, pero

bastante retrasada de ideas. Estará un poco extrañada, pero nada más. Yo me encargaré de ir a verla y de pedirle que no vuelva por aquí. Oiga... ¿usted cómo se llama?

—Hudson.

—¿Sabe que se parece mucho, pero realmente mucho, a mí?

—La policía me buscó por eso, pero lo esencial es el maquillaje. Me lo tienen que retocar cada mañana antes de venir aquí, porque de lo contrario el pastel se descubriría.

—¿Dónde vive? ¿En mi apartamento?

—Pues claro...

—Entonces me extraña que esté vivo.

—¿Por qué?

—Varios acreedores querían matarme.

—Procuró salir de allí antes de las siete de la mañana —dijo recelosamente Hudson—. Bueno, anteayer un tío me esperaba con un par de perros carniceros, pero salí por piernas.

—Nunca le pagarán bastante lo que hace —dijo pensativamente Murray—. No, nunca... Meterse en el pellejo de un tío como yo es lo peor que le puede ocurrir, oiga.

Y salió.

Fue a un par de bares de los que frecuentaba habitualmente. Se quejó en voz alta del mucho trabajo que tenía y que le impedía salir del despacho. Se metió con una señora que siempre le estaba diciendo que «sí», sin que él le hiciera caso. Dejó a deber lo que había bebido, para no perder la costumbre. Se peleó con un cliente. Amenazó a un guardia. Tropezó con una mesa y rodó por el suelo. Le dijo a la señora del dueño que estaba estupenda. Esquivó una de las piezas de la cafetera que le lanzaban desde la barra. Escapó al fin, por piernas.

Total, normalidad absoluta.

Luego fue al barrio donde vivía Susy.

Era verdad que había empezado siendo una chica de la limpieza, una de esas muchachas casi sin nombre, que envían las agencias. Era verdad que se había transformado en su amiguita, pero Murray estaba dispuesto a jurar ante la Biblia que no hizo nada por conseguirlo. Al contrario, le quiso buscar un empleo mejor. La llevó por el Nueva York que ella no conocía. Le pagó una pequeña operación, a pesar de que él andaba tan justo de dinero. Si luego las

cosas rodaron por otro camino, no había sido estrictamente culpa suya. La vida siempre se complica.

Era muy difícil explicar lo que sentía por Susy, pero si menos una cosa básica existía: era el afecto. La chica representaba para él un refugio, una lealtad, una posibilidad de encontrarse a veces consigo mismo. Pese a todo lo que él era (y que no negaba), no pudo evitar que el corazón le latiese con más fuerza cuando se coló Se rondón en el barrio bajo donde ella vivía.

Más bajo aún que el suyo.

Casas que se hundían.

Chiquillos de color.

Bandas juveniles.

Ancianos desesperados, a los que la parquedad de sus pensiones no les permitía cambiar de barrio.

Toda la angustia de una ciudad que ha crecido demasiado, y donde sólo imperan la cruel filosofía del éxito... o el hundimiento sin remedio del fracaso.

Murray se coló por la escalera. Susy vivía sola, pues sus padres preferían seguir en la tranquilidad mediocridad de Houston, su ciudad originaria. La chica ocupaba atoa sola pieza, donde había una cama, un armario, una mesa, unas cuantas sillas y una televisión. Mientras Murray subía, tuvo que apartar a dos parejas de negros que se peleaban en la escalera. Tuvo que pasar por encima de otra pareja que se hacía el amor. Tuvo que esquivar una cacerola que le lanzaba una vecina, tomándole por otro. Por fin, tuvo que convencer a un tío, armado con una escopeta, de que él no era el que la noche anterior había perseguido a su hija.

Respiraba entrecortadamente cuando abrió la puerta del apartamento de Susy.

Y cuando la vio a ella.

Cuando vio su hermoso cuello rasgado.

Cuando se dio cuenta de que llevaba muerta más de doce horas.

Cuando el tipo que le aguardaba agazapado en el fondo del dormitorio dijo a los otros dos, que ya estaban apuntando hacia la puerta con las metralletas:

—Dadle para el desayuno, machos...

CAPÍTULO XII

De diez hombres situados en aquella puerta sólo uno se hubiera salvado, y ese uno tenía que ser un buitre, un zorro, un malnacido, un granuja profesional, que se las supiera todas. En fin, un pajarraco como Murray que, en las condiciones más inhumanas, había logrado siempre sobrevivir.

Se dio cuenta instantáneamente, en menos de una décima de segundo, de que no tenía oportunidad de lanzarse para atrás, ya que las metralletas habrían previsto aquel movimiento. Y entonces hizo lo que sólo a un malnacido se le hubiera ocurrido hacer: lanzarse hacia las bocas de las armas... contando con que en medio estaba el cuerpo de una mujer muerta.

Las metralletas crepitaban.

Lo rociaron todo con plomo ardiendo.

El previsible movimiento de Murray hacia la puerta se vio acompañado por un huracán de fuego, por lo que, caso de retroceder, le hubieran cazado entre dos barreras de plomo. Los tiradores se dieron cuenta de que Murray estaba materialmente en la cama, cuando ya habían agotado la mitad de sus cargadores, tal era la rapidez terrorífica de su fuego.

Y para entonces, ya Murray había sacado su mortífera

«P-38

». Los dos fulanos estaban ante él, bajando los cañones, mientras un rictus de odio se dibujaba en sus bocas.

Uno no llegó ni a enterarse.

La bala le penetró por el ojo izquierdo y se le quedó alojada en el fondo del cerebro.

El segundo consiguió bajar el cañón del arma y hacer fuego nuevamente, pero ya Murray estaba agazapado tras el cadáver de

Susy. Todo el cuerpo de ésta empezó a saltar en pedazos, al recibir el brutal impacto de las balas.

Murray hizo entonces una cosa muy sencilla e instantánea, una cosa que se le ocurrió antes que al otro, quizá porque él tenía más mala baba: como no podía disparar por encima del cadáver, ya que la ráfaga le hubiese descuartizado la cabeza, disparó por debajo de la cama de Susy.

Su enemigo estaba prácticamente acucillado en el suelo. Se le veía el vientre. Y hacia allí fue la bala.

El alarido se debió oír al otro lado de la bahía.

Enloquecido por el dolor, el pájaro se arrojó por la ventana. Y tuvo una muerte casi bonita y todo, puesto que cayó de lleno sobre una furgoneta que repartía las coronas para una funeraria.

El tercero, el que les había dado la orden a los otros dos, apenas había tenido tiempo de reaccionar. Miraba, aterrado, a aquella especie de monstruo que, en dos segundos, había acabado con dos de sus hombres. Desenfundó una «Magnum» y disparó él también, pero Murray lo había previsto.

Ya estaba situado junto a la jamba de una puerta.

La bala de la «Magnum» se llevó pedazos de madera por delante. Y no se llevó por delante pedazos del cerebro de Murray porque su enemigo estaba demasiado nervioso.

Pero Murray no lo estaba. Para él, aquello era una especie de deporte diabólico. Saltó hacia atrás, mientras disparaba desde la cadera.

Fue una especie de jugada de billar. Le iba a resultar difícil liquidar a su enemigo, que estaba semioculto, pero en cambio destrozó con la bala la botella de un estante que el otro tenía cerca de la cara. Los mil diminutos impactos del cristal alcanzaron sus ojos, mientras tenía que revolverse con un grito de dolor.

Y Murray le alcanzó entonces al tener que descubrirse su enemigo. La bala le atravesó el cuello. Su adversario vaciló con los brazos en cruz, mientras corría por la habitación, buscando una salida imposible, una salida que sólo podía llevarle a la muerte.

Basculó junto a una de las ventanas.

Murray le envió otro proyectil, éste al centro de la columna vertebral.

Se oyó un alarido.

El cuerpo cayó espectacularmente por el mismo camino que el primero, entre un fantástico estruendo de cristales rotos.

Y fue a parar también sobre el techo de la furgoneta, que estaba detenida desde el impacto del primer cadáver. Los empleados de la funeraria, que estaban mirando aquello, se rascaron la nuca al unísono, mientras balbucían:

—Los muertos vienen ya a buscarnos solos... ¡Menuda propaganda...!

CAPÍTULO XIII

Murray utilizó el mismo coche que había usado para ir a Nueva York, y, antes de medianoche, ya estaba de vuelta, en Clayman. Dejó el vehículo en las afueras de la ciudad, y se encaminó a pie a la casa alquilada. Ya antes de llegar allí se dio cuenta de que la vigilancia era efectiva, porque dos siluetas se movieron en el tejado. Quizá otro no se hubiera dado cuenta de aquello, pero Murray supo, desde el primer momento, que podían disparar sobre él.

Mientras llamaba, sentía en su espalda el contacto casi físico de los cañones que le buscaban desde la distancia. Pero los hombres que había traído Floydman consigo debieron reconocer al fin, porque no hicieron fuego.

El teniente abrió.

Sus facciones palidecieron, al ver la cara de Murray.

—Pero ¿qué te pasa? —barbotó—. Ni que hubieras estado haciendo prácticas en el matadero municipal...

—Quizá no vayas tan desencaminado —masculló él.

—¿Qué ha ocurrido en Nueva York?

Murray cerró la puerta a su espalda, no fuera que a los del tejado se les ocurriese disparar a última hora. Antes de contestar murmuró:

—¿Cómo está Elinor?

—Bien.

—¿Nadie ha intentado atacaros?

—Nadie...

—¿Ha sonado el teléfono alguna otra vez?

—No. En torio el en.

Murray suspiró, tranquilizado, porque al menos las cosas habían marchado allí. Fue hacia el armario; tomó la botella de *whisky*, y

bebió un trago a chorro.

Floydman le miraba con la misma expresión intranquila.

—¿Qué diablos ha pasado, Murray?

—Han matado a Susy.

—Pero... ¿qué dices?

—Yo he matado a tres hombres.

—¡Murray, maldito seas! ¡Tú has nacido para el infierno!

—Puede que haya nacido para eso, pero los buitres estaban esperándome allí porque sabían que iría. ¿Qué querías que hiciera? ¿Invitarles a merendar?

—¿Cómo has podido escapar, Murray?

—Por piernas. Afortunadamente, la chica vivía en un barrio donde matar a tres hombres es un mérito, y donde nadie ayuda a la policía. Todo el mundo ha empezado a dar pistas falsas a los patrulleros, mientras yo me, largaba.

Floydman pareció derrumbarse, como si todo aquello resultara demasiado ancho para él. Desde el fondo de uno de los sillones, barbotó:

—¿Quiénes eran aquellos tipos?

—No lo sé; eso tendrás que averiguarlo tú.

—Supongo que, a estas horas, están en el depósito de cadáveres.

—Claro que sí...

—Está bien; regresaré a Nueva York. Imagino que, antes de que amanezca, los habré identificado, y confío en que tengan algo que ver con el caso. Sería el colmo de la suerte que fueran los tipos a los que andamos buscando.

—Si los examinas, fíjate en el detalle de los dedos unidos —gruñó Murray—, aunque tengo la completa sensación de que ese fulano no estará entre los muertos.

—¿Por qué razón?

—El jefe no se hubiera arriesgado a un trabajo de carnicero de esa clase. Para esperar a un tío y matarlo, se utiliza a gente del montón, a fulanos como los que yo he pringado. Eso me hace pensar que el jefe sigue vivo, aunque insisto, de todos modos, en el detalle de los dedos. Quizá haya suerte.

Floydman cabeceó.

—De acuerdo, Murray.

—¿Te vas ahora?

—Sí, puesto que, a partir de este momento, cuidas tú de Elinor.

—¿Cuándo vas a poder llamarme? Tengo tanto interés como tú en saber si el jefe estaba entre los muertos.

—Supongo que antes del amanecer.

—De acuerdo, Floydman. Suerte.

Cuando el teniente estaba casi en la puerta, susurró:

—He de llevarme a los dos pájaros del tejado. Mañana por la mañana ya no tendrán excusa para seguir ahí.

—De acuerdo, llévatelos.

Y Murray cerró. La quietud de la casa fue para él como un bálsamo, como una medicina, para sus nervios destrozados, quizá por la sencilla razón de que, en aquella atmósfera, en aquel ambiente, en aquella calma, estaba Elinor. Hubo un raro momento en que casi se Sintió absurdamente feliz.

Hasta que volvió a pensar en Susy.

Hasta que la garganta se le contrajo.

Hasta que una mueca de dolor distendió su boca.

* * *

Elinor le había oído llegar. Bajó las escaleras del primer piso, llevando sobre su cuerpo turgente aquella bata que no era nada, aquella combinación que no era nada, aquella indecisión que lo era todo. Porque Elinor luchaba entre dos sentimientos sin salida, y que la atormentarían hasta el último minuto. Porque ella había aprendido a amar a aquella especie de bestia solitaria y noble que era Murray, pero al mismo tiempo los hombres le daban miedo hasta el fondo de las vísceras.

—Lo siento —barbotó—; he oído lo que... lo que le decías a ese hombre.

Murray volvió la cabeza. Su mirada estaba espantosamente vacía. Por un momento, le pareció ver la figura de Susy flotando en el aire. Luego, se dio cuenta de que en el aire no estaba Susy, de que sólo estaban los ojos limpios de Elinor.

Pero dejó de mirarla.

Su corazón latía aceleradamente, diciéndole que allí, en la comprensión de la muchacha, podía hallar la paz, y, sin embargo, giró obstinadamente la cabeza para no verla:

—Más vale que te acuestes —dijo—; alguien va a llamarme por teléfono al amanecer.

Y se sentó ante la mesa para hacer unos solitarios. Ni eso pudo.

Los naipes se borraban ante sus ojos.

Por fin, cuando una luz lechosa y turbia lo llenaba todo —esa luz hostil de los amaneceres en que se trabaja— volvió a sonar el teléfono.

* * *

No, no era Lummis.

Esta vez fue la voz de Floydman la que murmuró.

—Tienes razón, estaban en la Morgue.

—¿Y qué?

—Nada. Todos tienen los dedos normales.

—Lo siento, Floydman.

—Más lo siento yo. El jefe vive.

—Pero ¿quiénes eran esos tipos? ¿Lo habéis averiguado, al menos?

—Sí, Murray, eso, al menos, lo hemos hecho. Y no eran granujas de pacotilla, como tú habías creído. Al menos, en eso te has equivocado. Nada de matones baratos, ¿sabes? Se trata de activistas violentos, de gente que quisiera imponer aquí una especie de orden nazi. Las fichas nos han demostrado que antes vivían en Montgomery, Alabama, o sea que pudieron muy bien ser los que asaltaron a la chica. Casi juraría que lo son.

Los dientes de Murray chirriaron lúgubremente. Aquel chirrido debió oírse al otro lado del cable.

—Siento no haberles hecho sufrir —musitó—. Han reventado demasiado aprisa.

—Pues no tenían cara de haberse divertido, créeme... Pero lo importante es que el jefe sigue vivo. Aún tesamos delante al fulano de los dedos juntos.

—Hay algo de bueno en eso, Floydman.

—¿Qué?

—El no sabe que le identificamos por ese detalle.

—¿Y qué importa? ¿Crees que lo vamos a descubrir?

—No —dijo cansinamente Murray—, claro que no vamos a

hacerlo.

Y colgó. De un manotazo, en la soledad turbia del amanecer, arrojó al suelo los naipes que estaban sobre la mesa.

No lo pensó más. Se remeti6 la

«P-38

» entre la camisa y el pantal6n, y sali6.

No le import6 ni tan siquiera el hecho de que Elinor quedase sola.

Al diablo todas las mujeres del mundo.

Para lo que a 6l le estaban sirviendo...

CAPÍTULO XIV

Aún no había demasiada luz cuando se deslizó por la estrecha calle, entre dos árboles, hacia la casa en que le habían indicado que vivía Hayes. Era un edificio de mamadera, algo viejo, destartado, sórdido. Por las noches, debía circular allí una legión de ratas. No se apreciaba en torno a la casa el menor signo de vida, como si allí no habitara nadie.

Pero Murray siguió colándose como una sombra. Atravesó un pequeño jardín, donde crecían altos helechos. Penetró por una de las ventanas de guillotina, que estaba desvencijada y resultaba muy fácil de abrir.

Su silueta se recortó entonces en el marco, a la luz incierta del nuevo día.

Y la bala del rifle atravesó silenciosamente el aire, yendo a incrustarse en una de las hombreras de la americana del detective, junto al cuello, haciéndole tambalearse y caer como un fardo al fondo de la habitación. Se oyó un sordo grito de triunfo porque el hombre que acababa de disparar creía haberle alcanzado.

De todos modos, apretó el gatillo dos veces más. Los disparos produjeron apenas un «FLAP, FLAP» que no hubiera podido oírse a dos pasos de distancia. Las balas se empotraron junto a Murray, sin alcanzarle, por la sencilla razón de que su enemigo no podía verle. Como máximo, intuía su situación. Y Murray, por el taponazo de los dos disparos hechos con silenciador, intuyó la posición del otro.

También le envió dos pildorazos con un

«P-38

». Oyó que las balas rascaban el aire, taladraban las sombras y al final se empotraban contra la pared. Ahogó un grito de rabia, al notar que no había alcanzado a su enemigo.

Pero al menos lo había puesto en fuga. Todo sucedió como en un sueño rapidísimo, como en un soplo. Unos pasos rasgaron al silencio, una silueta flotó... La puerta que estaba frente a Murray se abrió y cerró tan velozmente que el detective no tuvo tiempo de disparar otra vez.

Corrió hacia allí, como un borracho. Sabía a lo que se exponía, pero eso no le importó. La rabia le dominaba. Bruscamente, rodó por unas escaleras que había más allá de aquella puerta, hasta encontrarse en una especie de zaguán. Más allá de una cancela se oía el rugido del motor de un coche.

Murray saltó de nuevo hacia adelante. Con los ojos llameantes de odio, vio un «Mercury» negro, que se alejaba a toda velocidad. Lo que no pudo ver fue al tipo que lo guiaba.

La derecha de Murray se alzó con un movimiento instintivo, pero al fin no se atrevió a disparar. Si lo hacía, podía poner en conmoción la ciudad entera. Rabiosamente, salió a la calle, vio que el coche se había perdido, y regresó al interior de la casa. Sin ningún reparo, encendió las luces, porque ahora estaba seguro de que no había nadie más allí.

Pudo ver que aquél había sido el cuartel general de varios hombres, quizá tres o cuatro. Había vasos sucios, había camas a medio hacer, había unos platos, unas prendas de ropa tiradas, unos paños grasientos, que sin duda habían servido para limpiar armas... Murray lo contempló todo con ojos expertos, mientras se daba cuenta de que allí había estado refugiada una verdadera banda. Echó un vistazo al teléfono, y pensó que se podía apostar cien contra uno a que le habían llamado desde aquel sitio. Luego lanzó un gruñido, mientras miraba los vasos uno a uno. Y al trasluz.

Al cabo de unos minutos, de sus labios escapó una especie de gruñido, una especie de gorgoteo animal. El vaso que sostenía en su derecha cayó al suelo.

Porque en él había visto marcadas las huellas grasientas de varios dedos correspondientes a la mano derecha. Cuatro dedos a un lado, uno al otro.

Todos separados normalmente, menos dos. Dos de aquellos dedos estaban tan unidos, que parecían formar en realidad uno solo, como si una membrana los enlazara. Como si de la misma forma que hay hermanos, hubiera también dedos siameses.

Las facciones de Murray se convirtieron en una especie de máscara pétrea.

Salió de allí, olvidándose incluso de apagar las luces.

Al fin y al cabo, a él no le presentarían el recibo, nunca.

* * *

Otra vez las calles que conducían a la Battery, otra vez el barrio bajo cercano al Bowery, aquella especie de zona residencial para borrachos, desesperados y fracasados de la gran ciudad. El sitio donde Murray tenía su despacho de hombre que jamás llegaría demasiado lejos ni demasiado alto. Ni ganas.

El detective aparcó cuidadosamente el coche robado en Clayman, palpó un poco lo que llevaba entre su camisa y su pantalón, dejó que crujieran sus dientes, y entró en el despacho.

Vio la cafetera sin apagar.

Las facturas.

Las butacas troncaditas.

Un par de diplomas falsos, que tenía allí para hacer bonito.

Vio las paredes sucias.

Y la cara asombrada de su doble.

Éste se puso en pie, mientras gruñía:

—Pero ¿qué hace aquí, señor Murray? ¿Por qué ha vuelto?

Murray sonrió.

Su sonrisa era helada.

Cínica.

Parecía, en algunos instantes, la mueca de una fiera que fuese capaz de pensar.

—Olvidé un papel en mi cajón —dijo—. En el central. Un papel importante de veras.

—¿Y ha venido a buscarlo?

—Sí. ¿Por qué no me lo da? No voy a molestarle más que con eso.

—Por supuesto que sí... ¿Qué papel es?

—Una tarjeta de un tal Hayes.

El hombre que estaba en el despacho sonrió. Sus labios formaron una mueca. Metió la mano derecha en el cajón central.

Y Murray entrecerró los ojos.

Sabía lo que iba a suceder.

Lo vio como en un relampagueo.

Los ojos acerados.

La mano que volaba al salir del cajón.

El revólver que brillaba entre los dedos...

Murray dijo con voz helada:

—Yo siempre doy una oportunidad, bastardo.

Y disparó dos veces. Las dos veces alcanzó a aquel tipo en mitad de la cabeza. A aquella distancia, las balas fueron como dos bombas de mano. Murray prefirió no mirar, y eso que el tío tenía unas tragaderas así de grandes.

Levantó la derecha del cadáver, rodeando la mesa.

Aquellos dedos sin vida ya no pudieron sostener el revólver. Éste resbaló.

Y Murray escupió de costado. Los dos dedos unidos le dijeron más que mil palabras. Se hubiera pegado un puñetazo a sí mismo, por no haberlo notado antes.

Fue a descolgar el teléfono, pero se lo habían cortado por falta de pago. Tuvo que ir a una cabina pública.

* * *

—Lo comprendí al ver que el hombre de los dos dedos unidos había estado en la casa de Clayman, usando el nombre de Hayes —explicó unos minutos después, cuando el teniente Floydman entró en su despacho—. Fue como un chispazo, como una revelación, porque todas las piezas encajaron, de repente. En efecto, cuando yo me dirigía a Clayman, alguien dijo en la compañía telefónica que acababa de alquilar la casa a la que iría yo, y pidió que instalaran en ella el teléfono que él tenía. Debí dar propinas para que actuaran con rapidez, pero el caso es que lo consiguió. Ese teléfono que me instalaron lo había estado usando aquel hombre, a nombre de Hayes.

—Pero ¿para qué? —dijo Floydman pensativamente—. ¿Qué buscaba?

—Que yo tuviera teléfono al llegar allí, un teléfono cuyo número él conociera, y al que pudiese llamarme. Uno de sus hombres lo hizo varias veces, con el nombre de Lummis, como si al hablar

conmigo estuviera hablando con el antiguo dueño del teléfono. ¡Me dio detalles que por fuerza me habían de llamar la atención, y llevarme a determinados sitios...!, ¡que eran justamente los sitios que ellos querían! En efecto, cada vez que salía de la casa por aquel motivo, estuve a punto de morir, y la traca final fue la bomba conectada al pecho de aquel hombre muerto en la estación de autobuses, y al que hubiera tenido que descubrir yo. Sencillamente, desenredaban ante mis ojos la madeja de un crimen que cometerían realmente, pero que cometerían con un cualquiera, con alguien que sabían que merodeaba de noche por la estación de autobuses de Clayman, y cuyo cuerpo yo descubriría... ¡quedando despedazado por la bomba! Eso sí no me habían liquidado en alguno de los atentados anteriores, cosa muy probable. Incluso fingieron haber encontrado en el río un arma como la del asesino Parker, a fin de excitar aún más mi curiosidad... Ahora bien, ¿quién sabía que yo había estado en Clayman varias veces, y que casi con seguridad iría a esconderme allí? ¿Quién había estudiado mis costumbres, mi vida anterior, mi psicología? ¿Quién pudo preparar las cosas con cierto tiempo? ¿Quién pudo disponerlo todo para liquidarme apenas había emprendido el viaje? O el jefe de los servicios de seguridad de la Casa Blanca, o tú... o el hombre que ocupaba mi despacho. De repente, lo comprendí con una siniestra claridad. Habían matado a Susy porque ella debió notar lo de los dos dedos unidos. En contra de lo que la policía creía, él sí que se había dado cuenta de que podían identificarle por eso, y tuvo miedo de que la chica me hablara de ese detalle, que nadie había notado aún. Por eso la mató. Y por eso, también, en cuanto tuve los detalles que encajaban, vine aquí y arreglé las cosas a mi manera. ¿Satisfecho, Floydman?

El teniente de la Metropolitana movió la cabeza, con un gesto de duda.

Miró el cadáver y gruñó:

—¿Qué vas a hacer ahora, Murray?

—Ir a buscar a Elinor. La chica necesita alguien que la comprenda, alguien que le haga compañía.

—Pues lo siento, macho.

Murray tensó el cuello.

—¿Por qué cuerno lo sientes? —preguntó.

—Porque no la vas a poder ir a buscar hasta dentro de seis

meses.

—¿Seis meses? ¿Estás loco? ¿Seis meses por qué...?

—Has matado a un hombre en una situación confusa, y tendrás que aclarar las cosas ante el fiscal del distrito. Por supuesto que te sacaremos del atolladero, pero eso requiere tiempo. Seis meses de detención provisional, por ejemplo, no te los quita nadie. Lo siento, Murray, pero los detalles legales son los detalles legales. Acompáñame.

Y le tendió las esposas, a través de la mesa. Con un gruñido, dijo:

—Podrías ponértelas tú mismo.

Murray se limitó a arrojarlas por la ventana, rompió un cristal, y luego se puso en pie. Mientras ahogaba una maldición gruñó:

—¿Esto es todo lo que el Gobierno de los Estados Unidos hace por mí? ¿Esto es todo lo que saco, por haberle ayudado, maldita sea?

—Tú lo hiciste por gratitud —dijo solemnemente Floydman—. Tú lo hiciste porque yo te había salvado la vida.

—Sí, claro... —Silabeó Murray—, lo del explosivo aquel que algún cerdo había puesto en mi coche. Es verdad... Bueno, al fin y al cabo creo que estaba obligado a pagar aquel favor. Hice lo que debía hacer. No estoy arrepentido, ¿sabes? Los favores hay que pagarlos. Vamos.

Y fue a salir con Floydman. El tío ya se había resignado a las complicaciones que le esperaban. Pero ya en el coche patrulla, cuando el sargento Connors había agarrado ya bien al detective, Floydman gruñó:

—Ah, lo olvidaba.

Y sacó una cajita.

—¿Qué es esto? —farfulló Murray, mientras los ojos se le ponían en blanco.

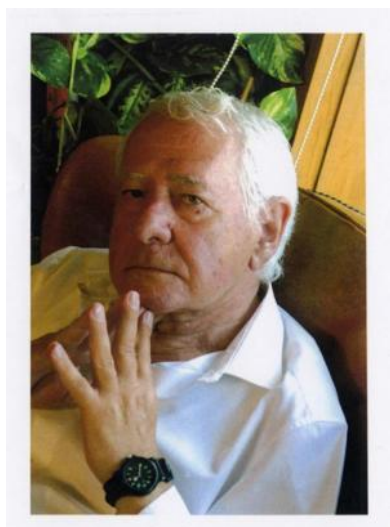
—La verdadera caja de bombillas de repuesto de tu coche, ¿sabes? La otra la imitamos. El explosivo lo había puesto yo mismo. Toma... ¿la quieres como recuerdo o te compras otra?

Y el coche de la policía arrancó con Murray dentro. La maldición debió oírse hasta en las habitaciones más privadas de la Casa Blanca.

Menos mal que el presidente Ford estaba de viaje oficial, y no

llegó a enterarse, ni por ésas.

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Notas

[1] La equivocación de Ford en el brindis a que se refiere el relato se ha hecho histórica. Fue en un banquete de gala ofrecido al presidente egipcio Sadat, quien se encontraba de visita oficial en los Estados Unidos. El presidente Ford, en lugar de brindar por «el gran pueblo de Egipto», se equivocó y brindó por «el gran pueblo de Israel», (N. del E.). < <